El Retablo de Agrellano

Marquina



EDUARDO MARQUINA

EL RETABLO DE AGRELLANO

CANTO DRAMATICO
TRES ACTOS

CAPITAL: $ 0.20.
INTERIOR: $ 0.25.

Nº 96

EDUARDO MARQUINA

Eduardo Marquina (n. 1879) cuenta entre los má
brillantes escritores de la España contemporánea. Su
obras dramáticas son más bien bellísimos poemas
cantos, donde se reunen, en conjunto atrayente, l
hermosura castiza del verso y la acción siempre mu
interesante, extraído su argumento de leyendas o ep
sodios históricos donde campean todas las altas vi
tudes de la raza hispánica.

Este notable escritor tiene en su haber obras de tea
tro de un mérito excepcional, pero su rasgo prominent
es la poesía, donde se revela una inspiración noble
elevada.

Sus piezas dramáticas más populares son: *La*
hijas del Cid, Doña María la Brava, En Flandes s
ha puesto el sol, y *El retablo de Agrellano,* que ho
nos honramos en incorporar a nuestra biblioteca.



EDUARDO MARQUINA

EL RETABLO DE AGRELLANO

CANTO DRAMÁTICO

TRES ACTOS



BUENOS AIRES

1925

PERSONAJES

CORDALIA.
LA GAIFERA.
MARI VERBENA.
ESCORPINA.
MARI SÁNCHEZ.
QUITERIA.
CENTENA.
MONSEÑOR ALEPO.
DON FÉLIX DE AGRELLANO.
MASTE BLAS.
DRAGONEL.
TIMONEDA.
CETINA.
ARCÁNGEL SAN MIGUEL.

Brujas, Monteros, Cuadrilleros de la Santa Hermandad, hombres y mujeres del pueblo, etc.

La acción, al principio del Renacimiento español, reinando Carlos V.

PRÓLOGO

Los claustros de una vieja iglesia del convento de Agrellano, pueblo imaginario de las Castillas. Visible únicamente un rincón del claustro. A la derecha, la puerta monumental de la iglesia. En el fondo, detrás de una verja caladísima, elegante y de enmarañada ferrería gótica, un retablo, de tabla castellana, representando diversos pasos de la leyenda de San Miguel. En el centro del retablo, prolijamente estofadas y policromadas, dos figuras, en actitud que consagró la tradición, representan la lucha del Arcángel y del Diablo. Viste el primero coraza y atavíos de legionario romano; el Diablo a duras penas vencido a sus pies con arreos y armas de caballero principal. Dos cirios encendidos, en la mesa del altar, hacen que se destaque completamente el rostro del Maldito. En sus ojos agoniza, con inmenso dolor, la más soberana ambición de gloria perdida que alentó jamás un alma creada.

Son las últimas horas de una tarde de invierno; lo que quiere decir que la noche está cerrando. El color del cielo, entrevisto por los arcos del claustro es más bien sangriento que dorado. Sentadas en las gradas, que calzan la puerta de la iglesia y la verja estupenda del retablo, hay cinco o seis viejas mendigas, beatas y brujas, de greñas grises, tocadas de mantos negros: pasan rosarios y murmuran. Un poco apartada, en pie, inmóvil, contra uno de los pilares del claustro, tapada la cara casi enteramente en su manto, CORDALIA tiende su mano a los devotos que salen de la iglesia, pidiendo limosna.

Se oyen los últimos murmullos y preces de vísperas, cada vez que abre la puerta y atraviesa la escena, para salir, alguna devota, sola o acompañada de dueña o rodrigón. Algunas se detienen a murmurar delante de Cordalia palabras de excusa piadosa. Las más pasan sin verla y desaparecen por el lateral derecha.

QUITERIA

(*Que se acercó, andando encorvada, a Cordalia.*)
Hermana, hay sitio en las gradas,
si le aprietan calambres en las piernas.

CORDALIA

Gracias; aun puedo más... Sangrar querría
de todos mis dolores
y todavía, no extender la mano
yerma; sino mi corazón en ella,
tan abierto y tan roto
como lo tiene mi mala ventura,
a que lo vieran pasando...
(*Con voz de sincero dolor, a dos devotas que pasan sin mirarla.*)
«¡Por el amor de Dios, señoras damas!»
—pero no lo ve nadie.

QUITERIA

(*Volviendo a ocupar su sitio en las gradas.*)
¡Pobre!

MARI SÁNCHEZ

¡Déjala!

CORDALIA

¡Antaño hacían iglesias de piedra
para guardar a Dios,
y—Él me perdone—hoy los cristianos tienen
de piedra el corazón.
(*Pasa otro grupo de devotas.*)
«¡A la madre infeliz... a la cuitada...
»¡por la hija buena, que Dios la prospere!
»¡por la pasión de Cristo!
»¡por la Madre de Dios, que es nuestra madre!
»¿quieren hacer un bien?...»—¡Ninguno quiere!

QUITERIA

¡Se mete en las entrañas!

MARI SÁNCHEZ

Ella sufre
porque quiere sufrir; moza de prendas,
¡si me escuchara a mí!...

CENTENA

¿Fué su buen paso,
su encuentro en la vereda
con don Lope de Arráez, el morisco?

MARI SÁNCHEZ

Fué su paso cabal los meses justos,
y en estas mismas manos, que la tierra
se ha de comer, nacía, hará unas noches,
el fruto de su amor.

QUITERIA

¿Amor le llamas
a semejante forzadura?

CENTENA

Cuentan
que traía don Lope, en las dos manos
dos dagas.

MARI SÁNCHEZ

Ella tiene
de una punta de daga, en cada seno,
rota la piel. Y, para mí, las dagas
tenían unto de beleño o de otra
soporífera mezcla y la durmieron;
porque ella no recuerda; muchas veces
traté de interrogarla, y no recuerda.

CRISTOBALONA

¡Raro caso!

MARI SÁNCHEZ

Además hay otro indicio...

CORDALIA

(*A otras dos fieles devotas que pasaron; siguiéndolas y saliendo con ellas por la lateral derecha.*)
«¡Por la hija sin pañales de Cordalia!»

QUITERIA

Cuenta, la Mari Sánchez...

MARI SÁNCHEZ

Ya van días
pasados que ella es madre y, cabalmente,
como si las heridas que os he dicho
hubieran producido una ponzoña
que le alteró la sangre, aun tiene el pecho
de doncella.

CENTENA

¡Es prodigio!

MARI SÁNCHEZ

La constante
ley de la naturaleza quebró en ella;
y enjuto el pecho está, que no parece
reconocer lo que ha engendrado.

CRISTOBALONA

¡En todos
mis años, largos ya, no he visto caso
que pueda compararsele!

MARI SÁNCHEZ

Es un martirio
que sobrepuja al más horrible, el suyo;
porque la pequeñuela,
como una florecica
tronchada, que no allega
savia de la raíz, ya no le tiene
fuerzas para llorar. Dobló en la almohada
de juncias, que le han puesto,
la cabecita exánime, y cataras
que ya parece mármol, en su misma
sepultura, yacente sólo vieras
sus dos ojos abiertos, tan abiertos
como la hambre los pone en los mendigos.

CENTENA

Es castigo de Dios.

QUITERIA

Es, por lo menos,
permisión de lo alto.

MARI SÁNCHEZ

¡Son las dagas

que traían veneno y le cegaron
la fuente de la vida!

LA GAIFERA

(*Con voz dura; todas se vuelven a mirarla.*)

¡Es maleficio
de labios que podían
y que, tal vez, le echaron
las suertes en el pecho!

MARI SÁNCHEZ

¡Acabe, dueña!
¿por qué habla así?

QUITERIA

¿Quién es?

CENTENA

¿Con qué intenciones
mentó la hechicería?

CRISTOBALONA

¿Es que ella ignora?...

QUITERIA

¿Quién es?

MARI SÁNCHEZ

No la conozco; esconde el rostro
del manto derribado en los repliegues
y, por el habla, no la cato.

CENTENA

(*Curiosa, acercándose a la desconocida.*)

Acabe:
¿sabe algo en los amores de don Lope
con la mendiga?

LA GAIFERA

(*Puesta en pie; se la observa alta de talla y arrogante entre las otras viejas, corvas y arrebujadas.*)

Lo que importa y basta.
Ni más que aquí habéis dicho, ni a más vine
que a escucharos. Cordalia le aborrece;
y esto sólo me alegra... ¿Vos pensábais

(*Hablando a todas ellas, que la escuchan sobrecogidas.*)

que era don Lope, en su castillo, el lobo
de Agrellano?... ¿Pensábais

que era don Lope, en su castillo, el dueño
de una mujer a quien engaña y befa,
por la Cordalia, una mendiga? ¿Acaso
se os olvidó de esa mujer el nombre?
¿sentíais compasión de la burlada?
¡no, no hagáis tal! ¡vos engañáis! Aquella
(*Señalando a través de los arcos del claustro.*)
mole negra es el pueblo; allá entre chopos,
rompa el camino; allá está el monte; en lo alto,
no es castillo el que veis, es madriguera
de un zorro de morisco renegado,
que morirá esta noche. ¡Por la punta
(*Tiende el brazo amenazante.*)
del cuchillo de Abrahán, la vez primera
que amenazó a su hijo!

MARI SÁNCHEZ

(*Horrorizada como todas las demás y santiguándose.*)

¡Echó la suerte!

CENTENA

(*Toda temblorosa, acercándose a la desconocida.*)
¿Es no más para daño?

LA GAIFERA

¡Es para muerte!

MARI SÁNCHEZ

Decid, dueña, ¿quién sois?

LA GAIFERA

(*Echa atrás el manto negro, por donde viene a descubrirse una recta matrona, todavía hermosa, que parece persona principal, por las joyas que rodean su garganta desnuda y por la riqueza de sus vestidos que asoman bajo el manto.*)

¡Yo!

MARI SÁNCHEZ

¡La Gaifera!

(*Con asombro y con temeroso respeto.*)

LA GAIFERA

La misma; en mala noche, mal casada
con don Lope el morisco y de él burlada.

Los casos que a éste sigan
serán tantos y tales
que, en diez lustros de sangre, no los digan
vuestras lenguas mortales.
¡Saldrán a señalarme con la mano
por los caminos; segaré a granel
la mies de Agrellano!

MARI SÁNCHEZ

(*Temerosa, en voz baja.*)
¿Quieres vengarte de Cordalia?

LA GAIFERA

¡Y de él!

MARI SÁNCHEZ

¡Horror!

CENTENA

¡Horror!

(*Vuelve a aparecer, por la derecha, Cordalia.*)

CRISTOBALONA

(*A la Gaifera, que quedó arrodillada delante del retablo y como absorta.*)
¡Cordalia!

LA GAIFERA

(*Se ha puesto de pie.*)
¡Ya fijé su estrella!

CENTENA

¿Qué dice?

LA GAIFERA

(*Derriba el manto otra vez y queda oculta en sus pliegues; a las viejas con voz de imperio.*)
¡Sola he de quedar con ella!

(*Todas las viejas, sin atreverse a replicar, irán saliendo.*)

CENTENA

(*A Mari Sánche.*)
¡Vamos!

MARI SÁNCHEZ

(*A Cristobalona.*)
Solo está el claustro; se ha dormido
Maste Blas, el acólito... Ella, hermana,
¿qué piensa de este caso?

CRISTOBALONA

Que el sentido
se me llenó de miedo.

CENTENA

En cosa humana
jamás vi tanto horror.

(*Pasando por delante de Cordalia.*)

Hasta mañana.

CORDALIA

¡Dios la acompañe!

MARI SÁNCHEZ

¡Adiós!

CORDALIA

Hasta mañana;
ya que, por hoy, mis pasos se han perdido.

(*Salieron por la lateral derecha, Centena, Cristob lona y Mari Sánchez. Cordalia quedó un instan viéndolas alejarse. Una campana lejanísima una hora. Envuelta en su manto negro la Gaife se escondió tras un pilar. Cordalia mira a tod partes, como para cerciorarse de estar sola, y le tamente, volviendo la cabeza, como quien come una mala acción, se va aproximando a la reja retablo. Llegando allí, con una voz que parece su piro y que al mismo tiempo denota desesperació respeto, piedad y horror, después de una lar contemplación, hablando con la efigie de Satan y mientras unas manos misteriosas hacen son vagamente el órgano de la iglesia, dice:*)

CORDALIA

Satanás, réprobo, ángel maldito:
en mi abandono te necesito.
Todos los días me has de escuchar,
porque con nadie me atrevo a hablar.
Bajé tan hondo que, desde el día
que me marcaron con el puñal,
donde yo vivo, sólo tú vives y nadie más.
Sé cómo sangras por esa herida
que ya, en la vida se cerrará;

sé cómo ruedas bajo esa planta,
dogal al cuello, la eternidad,
de donde un día rodé aplastada
bajo otras plantas, el pedregal...
Nuestros dolores van tan unidos,
nuestros dolores son tan iguales,
que no estoy sola,—ni tú lo estás.
No tengo hermanos sobre la tierra,
según que todos me quieren mal;
¡no tengo hermanos, y mis entrañas
piden hermanos a quien amar!
Toma, del cardo de mis dolores,
la flor morada que brotará;
y una vez, cuando vaya más sola,
más sacudida del vendaval,
vuelve a buscarme, como aquel día,
—la capa verde, la espada al lado, blanca la faz—
como aquel día, que entre dos rayos,
te vi los ojos centellear.
Dime, pasando, que me agradeces,
estas palabras.—No quiero más.
—Hoy estoy sola, mi pecho estéril,
mi hija se muere: di, ¿no vendrás?

(*La Gaifera, como una sombra, se separa de su escondrijo al poco rato de empezar Cordalia su oración sacrílega; anda a pasos muy lentos hasta quedar a su lado; extiende sobre su cabeza las do manos rígidas un instante y luego le da en un hombro, llamándola por su nombre.*)

LA GAIFERA

¡Cordalia!

CORDALIA

(*Con un estremecimiento de pánico.*)
¿Quién me llama?

LA GAIFERA

(*En un tono de voz compasiva.*)
Yo, hija mía;
colmaste la medida al sufrimiento
y ha escuchado tu ruego *el que me envía.*

CORDALIA

Yo no he llamado a nadie.

LA GAIFERA

Y yo no miento;
piensa bien lo que dices, hija mía...
—De que naciste, una estrella contraria
todos los pasos te sigue en la tierra;
de que naciste a la luz solitaria,
toda tu vida es un campo de guerra.
De que naciste, la sombra de un hombre
te echó en los hombros la mala fortuna;
te quiero bien y no digo su nombre:

(*Señalando como antes por entre los arcos del claustro, el castillo de don Lope.*)

¡ve su cubil, al fulgor de la luna!
Él, tu miseria; la horrible contienda
de tu virtud con tus hambres ha hecho;
él te hizo estéril la vena del pecho
con su puñal, al forzarte, en la senda...

CORDALIA

¡Calla!

LA GAIFERA

Él aprieta, con dedos de sombra,
el cuello mustio, en la cuna, a tu hija...

CORDALIA

¡Calla!

LA GAIFERA

¡Él la nombra, y después que él la nombra,
sale la muerte a rondar su yaciju!

CORDALIA

¡No!

LA GAIFERA

Porque tú que, en tu injusto castigo
la voluntad de tu ánimo acendras,
¡quieres que muera el odioso enemigo
antes que veas morir lo que engendras!
Tú le aborreces; si sólo en tu boca
la salvación de don Lope estuviera,
fuente sellada, castillo de roca,
¡jamás tu boca, en su gracia, se abriera!

CORDALIA

¡Jamás!

LA GAIFERA

(*Radiante; con transporte de júbilo siniestro.*)
¡Así!—La cuchilla está, ahora
marcando el signo, en su hocico de hiena.

CORDALIA

¡Señora buena, la buena señora!
que, por hablarme no más, ya eres buena.
Si fuiste madre una vez, no te hiere
la crueldad de mi lengua agresiva:

cuando un hijo nuestro y de amor se nos muere
¡se le echa en cara a la tierra que viva!
¡No dudo ya!... Dime más... ¿De qué modo,
con qué cuchillo, al volver qué recodo,
podré alcanzarle la vena del cuello?
Soy pobre y sola; él es grande y honrado,
tiene un castillo en el cerro apartado,
de cada puente un rastrillo colgado,
¡todas mis fuerzas no bastan a ello!

LA GAIFERA

¡Llama en tu auxilio! ¡Destruye el cohecho
que pesa en ti! ¡Clava en tierra el cuchillo,
y cuando veas arder su castillo,
te correrán los raudales del pecho!

CORDALIA

(*Con esperanza que la transporta.*)
¿Sí?

LA GAIFERA

¡Pide brazo y por ello no quede
sin cumplimiento el castigo oportuno!

CORDALIA

¿Quién puede darme las armas?

LA GAIFERA

¡Hay uno,
que tú conoces, y todo lo puede!

CORDALIA

(*Comprendiendo, y precisamente porque la solici-*

tación de la poderosa xorguina responde a un anhelo secreto de su alma.)

¿Todo lo puede?... ¡oh, jamás!

LA GAIFERA

¡Y mañana,
sobre los paños del lecho vacío,
estará la florecica temprana
prietos los puños y muerta de frío!

CORDALIA

¡No quiero, no!

LA GAIFERA

Pues ¿qué harás?

CORDALIA

¡Lo que ordenes!

LA GAIFERA

Lo que tú sabes.

CORDALIA

¡Piedad!

LA GAIFERA

(Fría y segura del efecto que producen sus palabras.)

Ahora tienes,
mientras las dudas retardan tu idea,
¡toda la vida de tu hija y los bienes
de ella, en tus manos!

CORDALIA

(Fuera de sí, con transporte.)

¡Pues bien, sea!

MONSEÑOR ALEPO

(En la obscuridad.)

¡Sea!

(Se ha hecho el obscuro absoluto. Únicamente brillan como dos pupilas sangrientas las dos velas del retablo, invisible. Se oye el chirrear de los goznes de la verja, abriéndose. En este instante se apagan, como si las apretaran dos dedos de sombra, las llamas de los cirios. Un rayo de luz amarilla, que se filtra por modo misterioso, ilumina la figura de Alepo. Lleva obscuro todo el traje; el cuello, una especie de toisón hecho de

grandes rubíes, engarzados en llamas de oro; la espada, de oro también, empuñadura y vaina; en el cinto, rubíes incrustados. El rostro idéntico al que se ha descripto al hablar de Satanás, en las figuras del retablo. El negro personaje avanza un paso.)

MONSEÑOR ALEPO

¡Cordalia!

CORDALIA

(*Saliendo de la obscuridad y apareciendo junto a él, en el haz de luz verdosa, como con andar y acento de pesadilla.*)

¿Tú? ¿or fin?

MONSEÑOR ALEPO

Y para siempre. Has hecho
mal en pedir mi apoyo. La piedad de tu pecho,
como si yo no fuera yo, Cordalia, me tenía
suspenso, en las tinieblas que ella sola rompía;
toda la eternidad me la llenaba el ruido
de una lágrima; estaba maravillado en ella,
como un niño en la única claridad de una estrella;
y en mi pecho, que agota la desesperación,
dejó un rastro, casi me vale un corazón.

CORDALIA

Señor...

MONSEÑOR ALEPO

Ya sé que quieres mi apoyo; nunca he sido
remiso en acudir a un llamamiento humano;
sé que el hombre da y pide con una misma mano
y sé que sirve para ser, a su vez, servido.
Vas a cobrarte el precio de mi agradecimiento;
no lo escatimo; cóbrate como quieras; no cuento.

CORDALIA

Tu lengua es una daga fría.

MONSEÑOR ALEPO

Que tú has buscado

CORDALIA

¿Pues tú, para qué vienes hasta aquí?

MONSEÑOR ALEPO

Me has llamado.

CORDALIA

¿Yo, señor?

MONSEÑOR ALEPO

¿No recuerdas? Requerías mi espada
para un lance de fuerza; de un mal nacido artero
que, sin oir tus quejas, te ultrajó en un sendero,
tenía que vengarte.

CORDALIA

Señor...

MONSEÑOR ALEPO

Serás vengada

CORDALIA

Señor, yo no recuerdo que nunca te haya hablado;
yo no te he dicho nunca «véngame».

MONSEÑOR ALEPO

¿Lo has pensado?

CORDALIA

Sí.

MONSEÑOR ALEPO

¿No basta?

CORDALIA

No sé... fué un pensamiento apena
¡tan corto! como un rayo, fué y no fué, de repente.

MONSEÑOR ALEPO

Cordalia; el mundo—con todas las cosas buenas,
que encierra;— el Mundo, el aire que lo envuelve, e
(torrent
de las aguas, que han hecho sus campiñas amenas,
el trigo, el pan, el mundo de goces y de penas
también fué un pensamiento, muy corto, en una frente
y todos ellos guardan ese dejo fecundo
de la primera frente que, pensando, hizo un mundo
Cada vez que me hablabas me tenías al lado,
vengo a la tierra porque tú me has pensado.

CORDALIA

Señor, mi hija se muere sin tu auxilio, ¿has oído?

MONSEÑOR ALEPO

Cordalia, está en mi mano su salvación: herida
puedo curarla; exánime, retornarla a la vida;
aun dirás «ésto quiero» cuando estará cumplido.

¿Qué me ofreces en cambio? Piensa, que en este ins-
(tante,
como un río al que un dique le cierra el paso airado
tu futuro en mis manos se quedará estancado:
¿me das tu alma?

CORDALIA

¿Y tan pobre cosa será bastante?

MONSEÑOR ALEPO

Responda, por mí, el hecho; mira una luz, en el hosco
del monte; son las llamas que enrosco y desenrosco
como serpiente cuya mordedura es mi ofrenda,
al cuerpo del verdugo que te ultrajó en la senda,

(*En la obscuridad se abre como una herida un punto luminoso.*)

CORDALIA

¡No sueño!,... ¡ardió el castilo!... ¡salva estás, hija mía!
¿Qué nueva vida llena mi pecho?

MONSEÑOR ALEPO

Es el amor.

CORDALIA

¡Como un corazón late cada vena, hija mía!
¿quién desató las fuentes de la vida?

MONSEÑOR ALEPO

Mi amor.

CORDALIA

(*Tratando de alejarse. Alepo la tiene medio asida*)

CORDALIA

¡Mi hija espera!

MONSEÑOR ALEPO

(*Reteniéndola.*) Antes, oye.

CORDALIA

¡Mi hija espera!

MONSEÑOR ALEPO

¡Después!

(*Haciendo lo que dice.*)
Este rubí en tu mano,
como cadena que atan del esclavo a los pies,
como aro de halconero que retiene al milano,
te hace mía y la prenda, entre nosotros, es.
Mañana, cuando dudes como hoy que te he amparado

mañana, cuando dudes como hoy, que me has hablad
por mí, en tu propia mano, responda este joyel;
eres mía y mi anillo te doy de prometida;
si otra vez nos volvemos a encontrar en la vida,
por él te reconozca, tú, acógeme por él.

CORDALIA

Señor, al bien que me hizo tu mano agradecida,
si otra vez nos volvemos a encontrar en la vida,
para que te recuerde mi pecho ha de bastar;
como toma la forma del cuchillo la herida,
tomó mi alma tu imagen, y no puedo olvidar.
A los pies de la choza donde habito en el monte,
rompa un sendero, más agrio que mi destino
desde hoy pasaré el día mirando el horizonte,
para ver si te veo venir por el camino...
Si es verdad que te debo mi alegría en la tierra,
todo el bien que haga en ella lo haga por ti, señor;
nadie cuenta los frutos que una semilla encierra
y hoy sembraron tus manos en tierra de dolor...
No descuentes los frutos que es mala profecía;
si diste la semilla yo te daré la flor;
y tú ignoras el bien que puedo hacerte, un día:
porque tú, aborrecido de todos ¡todavía,
no sabes qué es amor!

(*Una pausa, Alejo hace esfuerzos por contener u emoción que a pesar suyo, manifiesta; tiende e tonces su mano hacia el fondo de la escena, co señalando y dice a Cordalia.*)

MONSEÑOR ALEPO

¡Ve!

CORDALIA

Señor, mi hija llora; ¿por dónde va la senda?

MONSEÑOR ALEPO

Sigue andando ¡adelante! piensa en mí; cuando llegu
su primera alegría resérvame en ofrenda

(*Desapareció Cordalia; Alepo repentinamente, c forzado cinismo para triunfar de su emoció acaba.*)

—y si un día te pido tu alma, no me la niegues,

(*Asegura su puño en el de su espada, y añade.*)
A este paso los huesos me dejo en Agrellano;
pues tanto—hasta conmigo—puede el amor humano
que casi lo agradezco?... ¡Bien perdí mi jornada!
—Mañana a Italia; quiero robar, para mi mano,
os sellos y el anillo de un Cardenal romano:
mala tierra Castilla, donde todo es espada!

(*Desaparece en la obscuridad. La voz de Cordalia suena como un suspiro, mientras se va haciendo la claridad blanca del día.*)

CORDALIA

¿Qué quieres tú, que me abrazas y ríes?
¡hija mía, hija mía!
¡mi vida sí, pero no sus rubíes;
puede volver a buscarlos un día!

(*La luz de la mañana inunda el claustro; se ve la verja del retablo completamente abierta. Cordalia está tendida en los peldaños que conducen a ella como desmayada. En el retablo un hueco donde estuvo la figura de Satanás, que falta de allí. Por la puerta de la iglesia aparece Maste Blas soñoliento restregándose los ojos; sus llaves de sacristán, colgando del cinto. Extraño inquiere y examina lo ocurrido.*)

MASTE BLAS

¡La verja abierta! ¡y falta una figura!
¿han robado al demonio del retablo?...

(*Después de puntualizar y ver cuál es la figura que falta, encogiéndose de hombros.*)

¡Bah, invierno y leña vieja!...—si procura
calor a alguna pobre criatura,
¡que lo queme, para eso es el diablo!

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

Una vieja sala abovedada en el castillo en ruinas d
don Lope de Arráez, el morisco. El incendio que l
consumió, va a hacer quince años, dejó únicament
en pie los muros gruesos, cuyas ojivas sin cristales y
cuyas quiebras y hendiduras dan paso a toda la de-
solación del monte yermo. Parecen sitios sobre lo
que ha pesado una suprema maldición. Mil patra-
ñas y leyendas se cuentan acerca del siniestro qu
acabó con el castillo en tiempos del riquísimo do
Lope. La Gaifera, que fué mujer del tal señor, es l
única sobreviviente del desastre. Perecieron en el in-
cendio todos los servidores y familiares del casti-
llo junto con su dueño. La Gaifera, en quien reca-
yó el cuantioso caudal de don Lope, mandó recons-
truir un ala del castillo suntuosa y ricamente. Y
allí vive; sentando a su mesa a todos los señores del
contorno, en orgías profanas y sacrílegas.

En una de las derruídas del castillo, dejando
que la reparasen como podían con su pobreza,
dió la Gaifera cobijo a Cordalia y su hija, que con-
tará quince años cuando este acto comienza. En otras
habitaciones arruinadas del castillo dió también am-
paro y vivienda a Maste Blas y su hija Escorpina;
Mari Sánchez, Quiteria y Centena. De la destarta-
lada sala central, que se representa en la escena y
donde antiguamente estuvo el salón de homenaje
del castillo, han hecho ahora cocina común los di-

radores de esta parte. Utilizan como hogar la vieja chimenea, alrededor de la cual hay bancos de madera y algunas viejas piedras donde se sientan y departen.

A la derecha, portalón sobre un corredor en que figuran estar las habitaciones de Maste Blas y Escorpina, Mari Sánchez, Quiteria y Centena. A la izquierda, un hueco de la pared, tapado con un cortinón medio abrasado, deja ver el tabuco donde está la cama de paja y hierbas de Cordalia y de Verbena, su hija. Al fondo, como formando un recuarto bastante capaz, la chimenea transformada en hogar de cocina. A un lado del fondo, la puerta de ingreso, destartalada y sin hojas, que da al monte. Junto al tabuco de Cordalia, arranque de una escalera de piedra que antaño conducía a la torre del homenaje y por donde ahora, en caso necesario, puede comunicar todavía esta parte de las ruinas con el ala reconstruída del castillo, donde habitaba la Gaifera. Hacia esta parte de la sala desplomóse medio techo y por allí se ven las ruinas de la torre, al aire, y la parte nueva del castillo flamante y blanca. Al levantarse el telón, está cayendo una tarde estival. En escena MARI SÁNCHEZ, disponiendo en la cocina los trebejos y encendiendo el fuego.

(Murmurando entre dientes, como quien recuerda un viejo estribillo, mientras hace:)

MARI SÁNCHEZ

¡Ve al aire, fuego, que de antaño te abrieron el camino!

(Por la lateral derecha, mal trajeada, pero provocativa, vibrante y llena de anhelo, como una llama, aparece la figura pelirroja y agria de Escorpina.)

ESCORPINA

Mari Sánchez...

MARI SÁNCHEZ

¿Eres tú?

ESCORPINA

¿Llegó mi padre?

MARI SÁNCHEZ

A las vísperas,
como es su oficio, en la iglesia,
no señaló todavía.
Tardará.

(*Escorpina se dejará caer en un banco desmadejad y como rendida de una lucha larga. Recorren to do su cuerpo espasmos nerviosos. La vieja, que l examina con el rabillo del ojo, mientras mond unas raíces, que pondrá a cocer en un pucher acaba por preguntarle.*)

¿Pasóse el sueño?

ESCORPINA

Para dar en pesadilla.

MARI SÁNCHEZ

(*Con sorna.*)
¿Pues qué es ello?

ESCORPINA

Un no sé qué;
pero me gasta la vida.

MARI SÁNCHEZ

¡Mal aire te da!

ESCORPINA

¡Y es fuego!

MARI SÁNCHEZ

¡Echa agua en él!

ESCORPINA

Perdería;
¡más agua que son mis lágrimas
y parece que lo avivan!

MARI SÁNCHEZ

¿Lloras también?

ESCORPINA

A las tardes;
y sin razón.

MARI SÁNCHEZ

¿Será, niña?..

ESCORPINA

¿Porque murió mi madre?...

MARI SÁNCHEZ

¡Dios quiso de ella...

ESCORPINA

Aquel día
morí por dentro; mi padre
corrió las tafurerías
para olvidar, se hizo amigo
de hechiceras y xorguinas;
jugó, perdió... Le embaucaron
cutres, jiferos, perdidas
hasta que, al cabo, la Dueña
por cuenta que le tendría
cuidar de mí, va a hacer años,
nos amparó en estas ruinas...
¡Malhaya, amén!... Me parece
que por el alma, aquel día,
se me entró el fuego de infierno
que hizo esta torre cenizas.

MARI SÁNCHEZ

¡Pudiera ser!

ESCORPINA

¿Es verdad
que estos despojos, María,
fueron, ha tiempo, un castillo
de lo mejor de Castilla?

MARI SÁNCHEZ

Lo fueron, hija, y «La Torre
del Morisco» le decían:
por esa torre que ves,
ayuso de la colina.

ESCORPINA

¿Hará años de esto?

MARI SÁNCHEZ

Quince años.

ESCORPINA

¿No más?... ¿es posible?...

MARI SÁNCHEZ

Día

por día, y noche por noche,
para febrero cumplían.

ESCORPINA

¿Pues cómo en tan poco tiempo,
tal muerte?

MARI SÁNCHEZ

El fuego hace aprisa.

ESCORPINA

¿Luego es verdad que incendiaron
el castillo?

MARI SÁNCHEZ

Es verdad, hija.

ESCORPINA

¿Quién?

MARI SÁNCHEZ

No te cuento. La Dueña
si nos sorprende, podría
quejarse; no deja hablar
de aquella noche, en las ruinas.

ESCORPINA

¿Qué tiene doña Gaifera
que ver, con lo que me digas?

MARI SÁNCHEZ

Algo, tal vez.

ESCORPINA

Y aun si es mucho:
dilo quedo.

MARI SÁNCHEZ

Pues vigila,
no ande cerca...

(*Escorpina se llega al portalón desde donde, haciendo arco con las manos para protegerse del sol poniente, dice:*)

ESCORPINA

Va a su paso
de alhalhí la montería
cerca del río; dos horas
tardan en volver...

(*Acercándose otra vez a la vieja y con curiosidad.*)

Explica.

MARI SÁNCHEZ

(*Trayendo para primer término un taburete en que se sienta, y dando una rueca a Escorpina.*)

Toma el fuso.

ESCORPINA

Y tú el ovillo.

MARI SÁNCHEZ

Y oye y calla.

ESCORPINA

Ella hable y diga.

MARI SÁNCHEZ

Da a los dedos.

ESCORPINA

Tú a la lengua.

MARI SÁNCHEZ

Va de cuento.

ESCORPINA

¡Venga aprisa!

MARI SÁNCHEZ

Fué don Lope de Arráez un morisco
logrero, audaz, de los de presa en mano,
y su castillo, asombro de Agrellano
y de todo el contorno, en este risco.
Tuvo mujer, que le adoró; mas era
tan de suyo rijoso el renegado,
que, acabada la fruta en su cercado,
la de media sazón buscaba afuera.
Finalmente, una tarde, el caballero,
tropezando al azar una mendiga
moza y gentil, la motejó de amiga
y la ultrajó, villano, en el sendero.
Con esto, herida, se tornó al aprisco
la oveja, y madre fué, para su pena;
corto aquí la ilación y entra en escena
la mujer del morisco.
Puesta de toca y manto que la daban
traza de vieja, el báculo en la mano

y hecha corva a escuchar lo que contaban
fué al corro de comadres de Agrellano.
Calló, esperó, dijeron, oyó, supo:
y todavía, porque no se diga,
le habló hallándola al paso a la mendiga;
con que duda del lance no le cupo.
Ya entiendes el final... Desesperada
del bajo engaño y de su mala estrella,
volvió a sus cerros; encendió en el cisco
de este hogar, una tea; hizo abrasada
ruina la Torre y escupió sobre ella,
¡al carbón del cadáver del morisco!

(*Calla y Escorpina defraudada, pregunta.*)

ESCORPINA

¿Nada más?

MARI SÁNCHEZ

¿Pues quieres más?

ESCORPINA

Saber nombres.

MARI SÁNCHEZ

¡Lo dirías!...

ESCORPINA

Va mi palabra.

MARI SÁNCHEZ

Oye nombres.
Cordalia, fué la mendiga
forzada; entre estos escombros,
como nosotras, habita;
y la que juega contigo
su hija Verbena...

ESCORPINA

¿Es la hija
del morisco?

MARI SÁNCHEZ

Así es. Del corro
de comadres, fuí yo misma
con la Quiteria y Centena
que aquí tenemos vecinas;
lugar del corro, las gradas,
delante de la capilla

de la iglesia, en que al Retablo
de San Miguel, dicen misa;
hora, la primera luego
que terminaban las vísperas,
y tu padre, Maste Blas,
sacristán de la capilla.

ESCORPINA

Falta un nombre.

MARI SÁNCHEZ

¿He de nombrarla?

ESCORPINA

No es preciso.

MARI SÁNCHEZ

La decían,
por entonces, la Gaifera;
daba horror, no se me olvida
su cara, en el claustro, cuando
juró que se vengaría.
Nunca sospechó las causas
del incendio la justicia;
se dieron pasos; pero ella
con los pocos que podían
ir con el soplo, fué buena;
nos dió casa en estas ruinas,
para vivir, a las más,
nos enseñó hechicería,
a Mari Verbena trovas
y a Cordalia melecina.
Pagó a Maste Blas sus deudas;
te trujo a ti de una arquilla
que sacó de los escombros,
dos anillos, esta cinta
con flecos y tu collar
de ámbar y de malaquita.
Con esto callamos todos
—que en mucho callar nos iba;—
y ella, entonces con la hacienda
que del mundo le venía,
buena parte del Castillo
reconstruyó en la colina,

(*Señalando por el boquete del techal caído.*)
—Véla, allá... Mármol de Italia
tiene en zócalo y cornisas;
pero esta escala, en escombros,
conduce hasta ella, Escorpina;
la flor es ella; raíces
de la flor, estas cenizas...
Doña Gaifera la llaman
las gentes, viéndola rica;
todas nosotras, la Dueña;
todos los nobles, su amiga.
Y esta es la historia.

(*Grave y con aire de adivinación como uniendo los trozos sueltos de una conseja que finalmente pude reconstruir.*)

ESCORPINA

No. Queda
más.

MARI SÁNCHEZ

(*Temerosa.*)
Nada queda, Escorpina.

ESCORPINA

¡Lo mejor!

MARI SÁNCHEZ

¿Qué dices?

ESCORPINA

¡Falta
decir de qué leña, astillas
para incendiar estas torres,
hizo la Dueña aquel día!...

MARI SÁNCHEZ

(*Alarmada.*)
¡Cállalo, si es que lo sabes!...
—¡No; no lo sabes!

ESCORPINA

Olvidas
que mi padre, Maste Blas,
para mala suerte mía,
era ayer y sigue siendo
sacristán de la capilla.

Sé que faltó, en el retablo,
cierta imagen...

MARI SÁNCHEZ

¡Calla!

ESCORPINA

¡Ardían
sobrado bien estos muros,
si no era leña maldita!
¡Sí!... De la imagen robada,
hendió vetas, hizo astillas
¡y son del Diablo, debajo
de mis pies, estas cenizas!

MARI SÁNCHEZ

¡Calla!

ESCORPINA

Y si estamos viviendo,
Mari Sánchez, en las mismas
entrañas de un pacto, si
de las llamas que encendían
estas paredes, yo siento
dentro de mí las caricias,
si parece que aun refleja
la roja maraña viva,
de mis greñas aquel fuego,
¿por qué apartarme me obligan
de vuestras juntas?

MARI SÁNCHEZ

¿Qué juntas?

ESCORPINA

Os oigo, os veo... Hace días
que estoy al acecho. Cuando
duermen Cordalia y su hija
y está esta cámara sola
y arde el hogar y amarillas
lenguas de fuego lo encienden
y hacéis círculos de enigmas,
yo os veo... ¿Es el pacto? ¡Quiero
que al pacto se me reciba!...
Quiero este azufre quemante
que por mis huesos chirria,
prender en alguien; el ansia

de esta imposible caricia
que me está matando, quiero
satisfacer...

MARI SÁNCHEZ

¡Escorpina!

ESCORPINA

¡Mari Sánchez, seré noble,
seré grande, seré rica!
Tendré a mano las venganzas,
castillos en las colinas,
amor de hombres, sol de joyas,
lecho de oro, una sonrisa
de lisonja en cada boca
y un juguete en cada vida:
llevaré anillo en el dedo
como Cordalia!...

MARI SÁNCHEZ

¡Escorpina!
¿Qué es lo que hablas?

ESCORPINA

¡Quiero el pacto!

MARI SÁNCHEZ

(*Poniéndose en pie como quien pretende cortar la conversación.*)
Bien, deja.

ESCORPINA

Esta noche misma.
O como tengo en mis manos
los secretos de estas ruinas
y aun hoy le quedan oídos,
para el soplo, a la justicia,
¡temblad, no se alcen hogueras
del rescoldo de aquel día!

(*Se dirige a la puerta del fondo mientras la vieja, crispando las manos, la apostrofa.*)

MARI SÁNCHEZ

¡Muérdete la lengua!

ESCORPINA

(*Rápidamente volviendo el rostro a la vieja.*)
¡Viene!

MARI SÁNCHEZ

¿Quién?

ESCORPINA

(Con sonrisa perversa.)

La Cordalia...

(Entra Cordalia; Escorpina, con sarcasmo, la interroga.)

CORDALIA

Escorpina.

ESCORPINA

¿Qué cuentas?

CORDALIA

Un día más,
y otra esperanza perdida.

(Mari Sánchez se acerca al hogar, donde remueve otra vez rescoldo y pucheros.)

ESCORPINA

Cordalia, mirando el cielo
mientras la senda venías,
pensé si el rubí que llevas,
vuelto en tu mano estaría
para las nubes, porque ellas
sangre de rubíes pintan.

(Cordalia instintivamente mira en su diestra su anillo, cuyo rubí oculta siempre y lleva ahora bajo el dedo. Escorpina sonríe; Cordalia, con gravedad responde:)

CORDALIA

Desde la primera noche,
que está en mi mano, Escorpina,
no es piedra; es gota de sangre
que se cuajó en una herida;
quince años van, y está abierta;
con que haces mal si lo envidias.

(Se llega a su tabuco, descorre el cortinón, deja sobre el lecho las yerbas, y pregunta:)

¿Y Verbena?

MARI SÁNCHEZ

Está en la torre.

CORDALIA

(*Recordando.*)
Cierto. La he visto que hacía
su tala en los matorrales,
y me lo ha dicho ella misma.
(*Se para a escuchar en el boquete de la escalera y añade:*)
Volverá pronto.

(*Sigue otra vez hacia el hogar junto al cual se sientan, las manos sobre las rodillas, las miradas en en el suelo, dolorosa. Escorpina, que la estuvo observando, acaba por acercarse a ella deslizándose un poco, pegada al muro, hacia su espalda, para hablarla casi al oído, con algo de serpentino en ella.*)

ESCORPINA

Esta noche
pensamos hacer vigilia
junto al hogar; Mari Sánchez
escobará las cenizas.

MARI SÁNCHEZ

¿Qué tramas?

ESCORPINA

Tal caballero
de verde manto, encendidas
espuelas de oro y espada
con llamas de pedrerías,
que no ha pisado estas sendas,
hace quince años, ni un día,
ronda a veces, tales noches,
por las quiebras de las ruinas...
¿Vendrás...? En tus manos hay luces
que le servirán de guía;
yo me pondré mi collar
de ámbar y de malaquita;
si piedras quebrantan piedras,
tal vez que no se resista
su corazón...

(*El rostro de Cordalia, que crispa un supremo dolor, se fija entre airado y compasivo en la cara de la moza.*)

CORDALIA

¡Sí, que tienes
la peor de las heridas!
¿Me queréis escuchar? Porque esta hora
tal vez no se renueve en muchos días,
y el tiempo está para hablar de Él, ahora
que tú casi, al pintarle, le veías.
No te engañas; también pasé la linde
como tú; tengo el alma prisionera;
una desgana sin razón me rinde
por donde vaya y soy carne de hoguera.
Pero si cala Dios los corazones,
le doy el mío, a pecho descubierto,
y yo misma le muestro sus renglones,
de par en par, para que lea, abierto...
De niña, ante el retablo todavía,
cuando al azar de una plegaria daba
con su negra figura, ya sentía
piedad del desdichado que no amaba.
Crecí... sabéis mi historia... hubo un momento
en que puesta a morir, falta mi mano
de apoyo y la hija mía sin sustento,
sola me ví, con Él, en Agrellano;
y un sueño de Él o Él mismo o su apariencia
—que no le he visto más en esta vida,—
me hizo un bien, le di el alma. En mi conciencia
si fué pecar, pequé de agradecida.
Pero le amaba, sí...

MARI SÁNCHEZ

(*Horrorizada.*) ¡Cállate!

ESCORPINA

(*Impaciente, a Mari Sánchez.*) ¡Espera!

MARI SÁNCHEZ

(*Poniéndose en pie y dirigiéndose a la puerta.*)
¡Pueden pasar y oirla, que es de día!

CORDALIA

¡Le amaba, deja estar, lo gritaría
desde las mismas llamas de una hoguera!...
Salvarle quise yo, moverle guerra
de amor; traerle blando a mi gobierno,

volverle a Dios, ¿oh, por qué está la tierra
puesta entre el paraíso y el infierno?
Con nuestras tentaciones le llevamos
dentro del alma, a par con él vivimos
y a cada tentación de que triunfamos
es una parte de Él que redimimos;
¿pues no podía yo salvarle entero,
si entero me tentaba? ¿No podía?...
Tal vez no; que le aguardo en el sendero
y en tantos años no ha pasado un día...

(*Queda sin palabras, oyendo su voz, gesticulando todavía y como si su propia alma continuara hablando.*)

ESCORPINA

(*Apartándose de ella, desdeñosa.*)

¡Mal empleado anillo en esa mano!
¿Pues no ves que Él te deja abandonada?
¡Se ha de vengar un día!

MARI SÁNCHEZ

(*También puesta en pie y moviendo la cabeza.*)

¡En Agrellano,
no hay alma más de Dios que está endiablada!

VERBENA

(*Su voz argentina, desde muy lejos, arrastrando el grito.*)

¡Madre!

CORDALIA

(*Como volviendo a la vida al oir su voz, y con grande instancia.*)

¡Callad ahora!... No le miento
de esto jamás a mi gacela herida;
estas cosas me son el sufrimiento,
y ella las alegrías de mi vida.
Soy como encina puesta a la tormenta
que abro bien el ramaje, si revienta
de agua y rayos el cielo;
porque ella es como un lirio pequeñuelo;
yo estoy a parar lluvias, a embeberlas;
y ella a mis pies, guardándose en mi ruina,

a no mojarse, a sacudir la encina
y a recibir las gotas, como perlas.

VERBENA

(*Entrando por la escalerilla.*)

¡Madre!

CORDALIA

(*Corriendo a su encuentro.*)

¡Verbena, aquí!, ¿dónde has estado?

VERBENA

La Dueña me ha llamado;
me dijo: «Corre, ven, Mari Verbena,
tú que eres linda.» Bien y otros primores
de cortesía; y me mandó, con flores,
adornarle el estrado de la cena.

CORDALIA

¡Gentil mandado!

VERBENA

Y bien mandada ha sido,
que en tres horas no más que habrán corrido,
aunque es grande el estrado,
ya le tengo florido y perfumado;
violetas moradas, clematitas
azules, cinerarias,
verbenas, amapolas, margaritas,
montones de jazmines, pasionarias,
y cubriendo el dosel de la señora,
ramajes de alboespino y zarzamora.

CORDALIA

¿Y nada más? (*Sonriendo.*)

VERBENA

¡Y rosas!, que he dejado
en sólo un sitio y me quedó extremado.

CORDALIA

¿Pues dónde las cogiste?

VERBENA

Cada día
cojo lo menos dos, señora mía.

CORDALIA

¿En el soto? ¿En el prado?

VERBENA

¡Es mi secreto!

CORDALIA

¡Pues yo te haré cantar: tengo amuleto!

VERBENA

¡No, por mi vida!

ESCORPINA

Y en estar que ha estado
bien dispuesto el estrado,
¿fué echarte de él, las gracias que te dieron?

VERBENA

No, por cierto. Un criado
con orden de la Dueña que trujeron,
asió de esta Verbena,
la llevó paso a paso a su oficina,
me trataron muy bien de la cocina
y hoy tenemos festín, ¡traigo la cena!

(*Abre unos paños blancos; la rodean y van picando desde este momento, sentados al suelo junto al hogar, a la redonda.*)

MASTE BLAS

Ebrio, sin poder moverse apenas, malhumorado y sucio, aparece a la puerta y grita a su hija.)

¿Ya estás a murmurar, mala xorguina?

ESCORPINA

Padre... (*Yendo a él.*)

MARI SÁNCHEZ

Cató del Yepes. (*A Cordalia, señalándole.*)

MASTE BLAS

(*A su hija, que le oye aterrorizada.*)

He mandado
que no me dejes el desván!

ESCORPINA

Verbena
trae cena del castillo, y me ha llamado.

MASTE BLAS

Yo ya cené esta noche.

ESCORPINA

(*Animándose.*) ¿De manera
que ha habido convidada?

¡Me apesta el vino de la malcarada
Cristobalona Gil, la hospitalera!

MASTE BLAS

(*Con prosopopeya.*)

¡Eh, para el carro aquí! Fuera que es bruja
y que andan faltos siempre en su persona,
de agua la cara y el mantón de abuja
y que bailó en sus tiempos la chacona;
ella es cristiana en lo demás, tan fina
que, como pueda ser, bautiza el vino
y echa aceite de iglesia en la cocina.

(*Pasa por delante del hogar y saluda con un gesto vago.*)

MARI SÁNCHEZ

Buenas noches, vecino. (*Contestando.*)

MASTE BLAS

¡La verdad es verdad! (*A su hija.*)
(*A Mari Sánchez.*) Adiós, vecina.
¡Adentro! (*Otra vez a su hija.*)

ESCORPINA

¡Es pronto!... Mari Sánchez, ¿vienes?

MARI SÁNCHEZ

(*A Cordalia, levantándose.*)

Iré, que olió la pobre zurribanda.

MASTE BLAS

Di, Escorpina, ¿qué sábanas de Holanda
preparadas me tienes?

ESCORPINA

Pellejas son y gracias.

MASTE BLAS

¡Disparate!
¿Pues aun no somos ricos? ¿No decías
ayer que harías y acontecerías?... (*Amenazándola.*)
Pasa, y pídele a Dios que no te mate:
¡pasa pronto!

ESCORPINA

(*Compungida.*) En seguida.

(*A Mari Sánchez.*)

Te espero; ya tú ves, esta no es vida.

(*Hacen mutis por la lateral derecha los tres. Verbena, cuando iban a salir, se acercó a la puerta de fondo y se quedó apoyada en una de sus jambas contemplando el cielo del crepúsculo, que serenamente va cerrando. Cordalia prendió un candi[l] en la cocina; se dirigió al tabuco, encendió all[í] otro. Deja el cortinón descorrido y mulle y dispone su lecho misérrimo de pajas y hierbas. Ha[y] un breve silencio.*)

CORDALIA

¿Nos recogemos ya?

VERBENA

(*Sin ganas y con mimo.*) ¡Madre!

CORDALIA

¿Qué tienes?

VERBENA

Me da pena dormirme.

CORDALIA

¿Qué te pasa?

VERBENA

Ahora entraban las gentes en la casa
¡y hace tan bien verlas entrar! ¿No vienes?

(*Corrió de nuevo a la puerta y vuelve a mirar. U[n] lejano rumor de cabalgata, ruido de armas [y] trompas de caza. Cordalia, sonriendo, se encog[e] de hombros y se sienta a esperar.*)

CORDALIA

No; pero te consiento
que veas un momento
mientras te baste con la luz del día
para ver.

(*Suenan, lejanas, las trompas de los monteros.*)

VERBENA

¡Qué alhalí de montería!

CORDALIA

Luego a casa; a dormir, ¿verdad?

VERBENA

¡Qué empeño!

CORDALIA

Las almas mozas necesitan sueño
como las flores agua. Además, sabes
que de noche, los puentes levantados
y en día de festín, los invitados
—no siempre viejos y no siempre graves—
usan de esa escalera.

VERBENA

Les vería,
¿y qué?

CORDALIA

Es mejor que duermas, hija mía.
(*Lejano, un son de clarines.*)
¡La queda en el castillo!

VERBENA

(*Señalando las ventanas del pabellón de la Gaifera, que se iluminan en este instante.*)
Y las ventanas
se encienden en la noche; ¡de qué modo
brillarán, allá dentro, sobre todo,
las pedrerías de las castellanas!
(*Disumuladamente, espera un momento en que Cordalia no mira para volver a la puerta muy interesada; apenas les dejan ver las sombras.*)

CORDALIA

¿En la puerta otra vez? ¿qué miras?

VERBENA

Nada.
(*En voz baja para sí; observando siempre.*)
Son dos: el uno daga, el otro espada.
(*Después de una brevísima pausa, corre a los pies de su madre, le coloca los brazos en las rodillas, y pregunta:*)
Madre, ¿tú sabes qué es amor?

CORDALIA

¡Verbena!

VERBENA

¿No es, mirando un galán, bajar la frente
para esconder el brillo

que se pone en los ojos, quietamente
paladear su voz, tomar su anillo,
pedirle así la bendición a Dios
y tener un palacio para dos?

CORDALIA

Algo hay de eso, hija mía;
pero tú no comprendes todavía.
(*Acariciando la cabezuela.*)
¿Vamos?

VERBENA

¡Aun no!

CORDALIA

¿Por qué?

VERBENA

Dame tu mano
(*La coge, la besa, la pone bajo su mejilla reclinada y pregunta:*)
¿Conoces a don Félix de Agrellano?

CORDALIA

Sé que es un capitán aventurero,
gran cazador, bizarro caballero,
del Consejo del Rey, cargo importante...

VERBENA

Y no es mal parecido en el talante.

CORDALIA

(*Sorprendida pero sin enojo.*)
¿Le has visto alguna vez?

VERBENA

La vez primera,
madre, le vi aquel día
que las rosas cogía
de mi rosal secreto, en la pradera.
Por más señas, recuerdo que volvía
sin acordarme ya del caballero,
pensando en ti, para quien las traía,
¡y las rosas perdí por el sendero!
Después he vuelto un día y otro día;
cada vez corto rosas, imagino
cada vez, al tomarlas, tu alegría,
¡y cada vez las pierdo en el camino!

CORDALIA

Pues que o no volver o poner tino.

VERBENA

Tornemos al don Félix. Escorpina
me ha dicho que es pintor, que ella se pone
quieta, y el de Agrellano, en una tela,
por arte que es, al parecer, divino,
con colores y luces que dispone,
viva entera y de bulto la revela...
Y me cuenta Escorpina todavía,
del palacio que él tiene, en Agrellano,
con un jardín donde acaricia al día
el agua, con la gracia de una mano...

CORDALIA

Y un musgo como seda en todo el llano
y árboles siempre verdes de la umbría,
y allá, a lo lejos, una gradería
de mármol italiano...

VERBENA

¿Tú lo has visto?

CORDALIA

Una vez; y sé que tiene,
en prisiones sutiles
de argentería, pájaros a miles
y en su canto los ocios entretiene...

VERBENA

¿Pues cantan en prisiones?

CORDALIA

Y acaso en libertad no cantarían;
que amaran la mitad sus corazones
lo que hoy desean, cuando lo tendrían.
Tiene, en cárceles de oro...

VERBENA

Cuenta...

CORDALIA

Fieras
de crespo vellocino o piel bruñida.

VERBENA

¿Y corceles?

CORDALIA

Y tigres, y panteras...

VERBENA

¿Y osos del monte?

CORDALIA

Y un león numida.
¿Pero qué tienes tú? ¡te arde la mano!

VERBENA

¡Madre, me gustaría
vivir ese palacio en Agrellano!

CORDALIA

(*Escuchando atentamente, con sobresalto.*)
¡Calla!... pasos de gente... ¡ven!

VERBENA

Espera,
por favor; ¡es don Félix!

CORDALIA

¿Lo sabías?

VERBENA

Para saber si tú lo conocías,
te estuve entreteniendo.

CORDALIA

¿Tú?

VERBENA

(*Abrazándose a ella y como ocultándose en su regazo.*)

Quisiera
que le miraras bien. Son dos. Vestido
va el don Félix de negro, y en la gira
del manto lleva cruz. Mírale, mira:
al otro no, que es un desconocido.

(*Aparecen en el marco de la puerta don Félix y Monseñor Alepo. Se apaga el candil de la cocina y las llamas del hogar se avivan extraordinariamente, dando a toda la escena un tono rojizo. Cordalia instintivamente rodea con un brazo el cuerpo de su hija, como defendiéndola, no aparta sus ojos de Alepo, que no parece fijarse en ella.*)

CORDALIA

¿Desconocido?... ¡es él!

(*En cuanto le reconoce toda su figura parece que-*

rer salirse de su asiento, siguiendo los menores movimientos de Alepo.)

MONSEÑOR ALEPO

(*Viene hablando en voz baja con el de Agrellano desde un punto de observación que escogen, en primer término, dicen:*)

Hable, Agrellano:
la moza que habéis visto entre las flores
y a quien amáis, ¿es esta...? Porque en vano
para apagar sus labios tentadores,
quisieron dar de sí los resplandores
de aquel hogar cercano.

DON FÉLIX

Es esta, monseñor; la que se arredra
de ver que la miramos, ruborosa,
y asoma entre unos brazos, como rosa
entre los desgarrones de una yedra.

CORDALIA

¡Es él, es él!

MONSEÑOR ALEPO

(*Dando un paso para observar mejor.*)

¡Humilde, y por la muestra
rebosando candor!

(*A don Félix, reuniéndose otra vez con él.*)

Dadla por vuestra.

DON FÉLIX

Mucho y bueno afirmáis.

MONSEÑOR ALEPO

Está en mi mano
de hacerla vuestra esclava, si os va en gana.

DON FÉLIX

¿Y es largo el plazo que me dais?

MONSEÑOR ALEPO

¡Mañana,
y en vuestra propia casa de Agrellano!

(*Los dos caballeros cruzan sus manos.*)

Ahora, al festín.

DON FÉLIX

(*Turbado, sin darse cuenta del sitio en que se halla.*)

¿Por dónde hemos venido?

MONSEÑOR ALEPO

Por las ruinas.

(*Atraviesa la escena en dirección a la escalera. Co-dalia le sigue con los ojos murmurando.*)

CORDALIA

¡Es él!

MONSEÑOR ALEPO

Quise que os viera,
para obligarla más por el sentido.
Vamos.

CORDALIA

¡Es él!

(*Cuando ambos amigos van a desaparecer por e-boquete de la escalera.*)

Ni me miró siquiera...

MONSEÑOR ALEPO

(*Deja pasar a don Félix y dice, por Verbena.*)
Ahora ya tiene el corazón herido.

(*Al tiempo de que los dos acaban de desaparece-por la escalerilla, Verbena, sonriendo, juveni-aparta la cabeza de los brazos de su madre y pre-gunta, la cara llena de risa:*)

VERBENA

¿Le has visto?

CORDALIA

(*Vaga, sin volver aún a la realidad.*)
¿A quién?

VERBENA

¡Por Dios!, al de Agrellano.

CORDALIA

(*Pasándose la mano por la frente.*)
No sé...

VERBENA

Madre, ¿qué tienes?

CORDALIA

Hija mía,
vámonos ya de aquí; dame tu mano.
Vas a dormir hasta que apunte el día;
duerme, aunque yo me aparte de tu lado,
con las manos en cruz sobre tu pecho.

VERBENA

Como todas las noches... ¡bueno fuera!

CORDALIA

¡Más que ninguna!

VERBENA

¿Es que algún mal me espera?

CORDALIA

(*Abrazándola.*)

¡No, que yo guardaré tu cabecera!

(*Duda de nuevo, mirando a todas partes, mientras Verbena entra en el tabuco.*)

¿Le habrá visto Escorpina?

(*Ya en el tabuco, se oye todavía su voz que dice a Verbena:*)

Deja a medias abierta la cortina.

(*Así lo hace. Queda una rendija de luz y el silencio y soledad son absolutos. Bien pronto vuelven a dar claridad intensa y roja las brasas del hogar Al mismo tiempo un resplandor verdoso y fosforescente como de luna se filtra por las puertas baldías, por las hendiduras y desgarrones de los muros, por los huecos y boquetes del techo. Allá, en lo alto, toman un brillo rojo, parecido al del hogar, las ventanas de la Gaifera. Se escapan de ella cantares báquicos y blasfemos, que las rachas del aire arrastran por la escena.*)

CORO LEJANO

¡Dale al báculo y corona
con las zarrias de tu planta!...
¡Canta, canta!
¡Vita, vita!
¡Vita, vita, vita bona!

(*Se abre de improviso, por sí sola, la puerta lateral derecha; al cabo de un instante, restregándose los ojos, como si no se diera cuenta de lo que hace, y andando con rigidez de sonámbula, entra en escena ESCORPINA. Quitóse el corpiño y lleva únicamente unas sayas atadas con una cuerda a la cintura sobre la camisa de hilo crudo, por cu-*

yos desgarrones, hacia los hombros, la espalda y el pecho, se asoma su piel de ámbar. Descalza; las greñas rojas se comen su rostro lívido, las lleva atadas en un solo nudo hacia la nuca; al cuello, sobre la carne, su collar de ámbar y malaquita.

ESCORPINA

¿Quién me llama? ¿qué quieren de mí?
¿Quién ha sido?... Mi padre dormido,
la puerta cerrada, colgado el vestido,
y el gato en las pajas durmiendo aterido...
¿Quién vino a mi lecho llamándome a obscuras?
¿de quién los pellizcos y las mordeduras?
¿quién ha sido, Señor, quién ha sido?
¿quién me llama? ¿qué quieren de mí?

(*Una mirada circular; relampaguea dos veces la luz del hogar, y por dos veces saltan de él más llamas verdosas.*)

¡Ya sé, ya sé!... Tenía su palabra;
no podía faltar.

(*Se entra otra vez por la lateral derecha llamando.*)

¡Mari Centena!
¡la hora es justa! ¡El reloj ahora suena,
y he visto en las llamas dos ojos de hiena
abrasando un hocico de cabra!
¡Mari Sánchez, Quiteria, la Centena!

(*Salen precipitadamente, sin darse cuenta de lo que ocurre, las tres viejas.*)

MARI SÁNCHEZ

¿Qué pasa?

ESCORPINA

¿No habéis visto? Que la junta
va a comenzar... Pero aquí estamos pocas;
¿no soltáis vuestras greñas de las tocas?
¿no sabéis si Él vendrá

QUITERIA

(*A Mari Sánchez.*) ¿Por quién pregunta?

CENTENA

(*Viendo a Escorpina dirigirse como loca a la puerta del fondo.*)

¡Va espiritada!

MARI SÁNCHEZ

Es un amor que tiene.

CENTENA

¡Pues huye el fuego y a las brasas viene!

MARI SÁNCHEZ

Quiere, en su bien, forzar la cofradía.

CENTENA

¿Le has permitido tú?...

MARI SÁNCHEZ

¿Cómo podría?...

(*Todo esto ajetreando junto al hogar, removiento untos, añadiendo leña, separando escobas, soplando en el rescoldo, rápidamente y sin apoyar mucho en lo que hoblan.*)

QUITERIA

No me arañes al hijo de La Fosca,
que ha de salvarse.

CENTENA

¿Y al Charcón?...

MARI SÁNCHEZ

¡La suerte!

QUITERIA

¿Y a la Zurda Ermitaña?

MARI SÁNCHEZ

¡Se le enrosca
la cuerda del ahorcado!

QUITERIA

¿A daño?

MARI SÁNCHEZ

A muerte.

ESCORPINA

(*Al fondo, encaramada entre las piedras y por una abertura del munro.*)

¡Venid, el Mal es Bien; lo Bueno es Malo!...
Tenemos piedra-imán; cabos de cera;
sogas; el sapo y su veneno, estera
de hilos de Valeriana; el cráneo ralo
de un no-nacido; alumbre;
fuego en el alma y untos a la lumbre...
¡Cristobalona Gil, la Zambapalo,
todas las de Agrellano y Almadena

con las de Barahona y de Llerena:
venid, el Mal es Bien; lo Bueno es Malo!

CENTENA

(*A Mari Sánchez con dureza*

¡Resístela, ella es moza!
¡tírale al devantal nuestro desprecio!
Pocos años, buen temple, el pecho recio,
¿se quejará del Diablo, si no goza?

(*Escorpina quiere acercarse al hogar; como por u conjuro se levantan las tres viejas, pretendiend cerrarle el paso.*)

MARI SÁNCHEZ

¿Qué quieres?

ESCORPINA

¡Por un mal, todos los bienes!

CENTENA

¡Ve a tu cama!

ESCORPINA

Huyo de ella.

CENTENA

¿Y a qué vienes?

ESCORPINA

Vengo por el que mueve en el cotarro
vihuela negra y canto de latines,
que hará en mis pies, las zarrías de este barro
convertirse en velludo de chapines!

MARI SÁNCHEZ

¡Atrás!

ESCORPINA

(*Furiosa.*)

¿Ahora no quieres?
¡Pásente el corazón con alfileres!
No me importa.

(*Salta casi al centro de la escena, donde viene quedar de rodillas, los brazos en alto, caída toda l melena, los dedos nerviosamente abiertos, como e un espasmo.*)

¡Sé el rito, y va pactado!

(*Se contorsiona, trazando con la punta de sus cabe llos un círculo en el suelo.*)

¡Ya el círculo de fuego se ha cerrado!

(*Con efecto, por donde pasan los cabellos dejarán un cerco de fuego que todas pueden ver. Desde ese instante, la confusión y el tumulto van creciendo. Por las hendiduras, puertas, ventanas y boquetes van apareciendo las brujas que antes convocó Escorpina. Invaden la escena surgiendo de todas partes y se distribuyen por ella y por los muros, sentadas, en pie, tendidas, contorsionadas, hirvientes: viste la mayoría, negro; algunas zagalejos morados pardos, verdes, rojos. Las viejas, envueltas en mantos. Las mozas, medio desnudas; desgreñadas y con las sayas sobre la camisa nada más.*)

CENTENA

(*Viendo aparecer el cerco de fuego.*)

¡Él la escuchó!

MARI SÁNCHEZ

¡Se nos tornó enemigo!

ESCORPINA

(*En pie, hierática, dentro del círculo, con gravedad de salmodia y de ritual.*)

Oigan todas y digan lo que digo:

(*Tendiendo los brazos.*)

«¡Lucifer...!»

TODAS

¡Lucifer!

ESCORPINA

«¡Borde de Dios, injerto en su poder!

TODAS

Borde....

ESCORPINA

(*Ya sin freno.*)

¡Callad, que no vos necesito!
¡yo hablo! ¡más puede el corazón que el rito!
«¡Tráiganme hechizos al hombre que quiero,
»atado en cuerda, clavado en madero.
»¡Véanme un día con él, brazo a brazo,
»boca a boca, mirada a mirada,
»frente a frente, regazo a regazo
»corazón a corazón pegada!»

(*Queda con los brazos cruzados sobre el pecho, rígi-*

da, caídos los párpados, toda en el incendio del círculo como en un espasmo de amor.)

CENTENA

¿Viene?

MARI SÁNCHEZ

¡No viene!

ESCORPINA

(Volviendo a extender los brazos. Bruscamente se descorre la cortina del tabuco de Cordalia, y ésta, demudada, las greñas sueltas, terrible como sibila, aparece en plena Junta. Hay un grito de terror. Escorpina, los brazos sobre el pecho, haciendo sonar su collar de piedras, la mira radiante, desafiándola.)

¡Tráigalo aquel en quien todo se tiene!
Por senda y puente y atajo y barbecho,
granizo arriba, cenizas abajo,
tráigalo aquel en quien todo se tiene!

VARIAS VOCES

¡Cordalia!

(Muchas viejas la rodean, no queriendo dejarle paso.)

QUITERIA

¡Nada intentes!

CRISTOBALONA

¿Quién te trajo?

MARI SÁNCHEZ

¡Vete!

CORDALIA

¡Cuánto aspaviento!
¿Sois molinos de viento
que trituráis las noches en cada movimiento?

(Las viejas se apartan; Cordalia se encara con Escorpina, que, en la mitad del círculo, sonríe.)

—¿Tú me llamaste?... ¡A tu boca blasfema,
donde el conjuro es azufre que quema,
yo he de decirte el eterno anatema!
Por senda y puente y atajo y barbecho,
tráigante al hombre que quiere tu pecho;
te ponga a lomos, sobre su caballo;

suene a tormenta, en las piedras el callo;
pero el eterno os alcance en su fallo!
¡Pierda la mano el rendajo que aferra,
pasad los llanos, trepad a la sierra:
la cabalgada no acabe en la tierra!
¡Los dos temblando en el potro maldito,
juntad, no el pecho, el horror en un grito
—y entre el caballo en el aire infinito!...
¡Y dure siglos la horrible carrera,
y ya sin carnes en la calavera,
dé con los huesos del pie la estribera!...
¿Quieres amor? Se prolongue tu orgía
hasta el horror de aquel último día,
cuando entre al mundo sudor de agonía;
y así, ante el juez de los grandes secretos,
crispe el caballo sus miembros escuetos,
¡y rodad de él, los dos, esqueletos!

ESCORPINA

(*Saltando del cerco y corriendo hacia la llar, de cuyas cadenas se cuelga; a grandes gritos.*)
¡Te acepto el anatema, y cumplimiento
le dé esta llar, torciéndose el viento!
(*Echa atrás la cabeza, mira al cielo por el boquete de la chimenea, y grita aún.*)
¡Me cuelgo de esta llar hasta que él venga!

CORDALIA

(*Entrando en el círculo rojo; los brazos en cruz.*)
¡Que esta cruz de mis brazos os contenga!

ESCORPINA

(*Desde lo alto.*)
¡Béseme aquel en quien todo se tiene?
—¿Viene?

MARI SÁNCHEZ

¡No viene!

CORDALIA

¡Callad!

MARI SÁNCHEZ

¡Viene!

(*Con pánico indescriptible.*)

CRISTOBALONA

¿Solo?

MARI SÁNCHEZ

¡Con un tropel, en montería!

CENTENA

¿Cabra o can?

QUITERIA

¿Hierro o fuego?

CENTENA

¿Lanza o diente?

ESCORPINA

¡Hombre; el gesto de un rey, pasando el puente
y su espada un relámpago en la umbría!

MONSEÑOR ALEPO

(*Se oye su voz antes de entrar; todos inmóviles y como petrificados.*)

¡Monteros dadle suelta a vuestro alano;
aquí es la casa y duerme aquí la Bella,
tirad del lecho y con la carga de ella
no paréis de correr hasta Agrellano!

(*Entra Alepo, seguido de sus seis monteros. Casi todas ellas como bultos informes, permanecen inmóviles. Escorpina abrazada a las cadenas de la llar, está también inmóvil. Como si una invisible mano tirara de él, se descorre el cortinón del tabuco de Cordalia. Se ve al fondo, a la luz de un candil, el lecho de Verbena dormida, entre sus flores. Cordalia trata de salir al encuentro de Alepo.*)

CORDALIA

¿Dónde vas? ¿No eres tú?

MONSEÑOR ALEPO

¿Qué quieres? ¡Deja!

CORDALIA

(*Con energía.*)

¿Pues no me ves?

(*Mirándola frío y soberbio.*)

MONSEÑOR ALEPO

¿Pues piensas tú, que un hilo

de llanto humano ha de tenerme en vilo,
si da estambre a los siglos mi madeja?

(*Cordalia bajó la frente, Alepo se acerca a ella y en voz baja sigue.*)

—Hay un modo de amarme, hay uno solo...
Doblaste la hermosura,
ciega Cordalia... Aquella noche obscura,
ni en tus labios había
tanta púrpura viva, ni fluía
de tu carne morena
tanta miel de colmena;
oro y trigos la sien, los ojos astro,
la garganta y los hombros alabastro,
infinito el placer, dejo ninguno,
hay un modo de amarme, hay sólo uno.

CORDALIA

¡Jamás!

MONSEÑOR ALEPO

(*Frío, sin una contracción.*)

Conmigo o contra mí; esto es hecho
¡ponga mi anillo sierpes en tu lecho!

CORDALIA

(*Juntando las manos.*)

¡Yo te quiero!

MONSEÑOR ALEPO

(*Durísimo, cruel.*)

¡Aborréceme, te digo!

(*Hace un gesto a sus monteros, que se acercan.*)

CORDALIA

(*Con un presentimiento de horror echándose hacia atrás.*)

¿A quién buscan tus hombres?

MONSEÑOR ALEPO

(*Frío.*) A Verbena.

CORDALIA

Es hija mía.

MONSEÑOR ALEPO

Se la di a un amigo,
conque rompo, de un golpe, la cadena.
Te hice un bien, la forjamos aquel día;

hoy te hago un daño, ¡quiébrala si quieres,
y no me llores más ni más me esperes!
—¡Monteros, acabad la montería!

CORDALIA

(*Extendiendo los brazos en cruz, delante de la puerta del tabuco.*)

¡Deteneos!

MONSEÑOR ALEPO

¡Pasad!

CORDALIA

¡Sobre una muerta
pasarán!

MONSEÑOR ALEPO

¡Así sea!

CORDALIA

¡Hija, despierta!

(*Los monteros estarán como clavados en su sitio.*)

MONSEÑOR ALEPO

(*Con ira a sus monteros.*)

¿Qué os arredra?

MONTERO I

¡La cruz!

CORDALIA

¡Y ante esta puerta
la formarán mis brazos,
mientras no me los partan a pedazos!

MONSEÑOR ALEPO

(*Sin responderle, haciéndose atrás, mirando el interior del tabuco, y fingiendo horror y contrariedad.*)

¡No; que herís a Verbena!... ¿qué habéis hecho,
que la veo sangrienta sobre el lecho?

CORDALIA

(*Con un grito del corazón, volviéndose de espaldas, y deshaciendo la cruz para socorrer a su hija.*)

¡Hja mía!

MONSEÑOR ALEPO

(*Triunfal, en el acto, señalándola a sus monteros, que obedecen.*)

¡Asid de ella!

(*A Cordalia, mientras la sujetan los monteros.*)
Astucia ha sido;
pero así te he vencido,
que aunque tengo poder, no es tanto, para
luchar con una madre cara a cara.
(*Salen los monteros sacando el lecho de Verbena, y a ella dormida en él.*)

CORDALIA

¡Hija mía!

MONSEÑOR ALEPO

(*A los monteros: por Cordalia.*)
¡Tenedla! (*Por Verbena.*)
Va dormida;
no hay miedo que despierte a la partida.
(*Salen con Verbena los monteros; Alepo se vuelve a mirar a Cordalia, que, sujeta por los monteros, inútilmente se revuelve.*)
Será feliz y no ha de darte quejas;
que es bizarro galán el de Agrellano.

CORDALIA

(*A los monteros.*)
¡Suéltame tú, verdugo; y tú, villano!
¡Hija! ¡Verbena!

MONSEÑOR ALEPO

(*Al salir.*)
¡Amordazadla, viejas!
(*Sale. Todas las endiabladas se van a arrojar sobre Cordalia.*)

CORDALIA

¡No, atrás, dejad!... ¡Dios mío, si tú mismo
bajaste por las almas al abismo,
llegue yo a Satanás y suya sea
y en sus brazos me vea,
porque mi hija se salve en Agrellano!
(*Levantando rígida la diestra en que va el anillo.*)
¡Perros, mirad qué rayo en esta mano!
(*Los monteros se apartan; se abre con estupor el círculo de viejas.*)

¡Deshacéos ahora;
que éste es su anillo y yo vuestra señora!
¡Paso!...

(*Cordalia sale al campo, sin dejar de gritar.*)

¡Verbena, voy!... ¡Verbena mía!
¡tu madre hace por ti!...

(*Y lejos, como si viera el alba sobre el mundo real.*)

¡Despunta el alba!

(*En escena, el aquelarre continúa frenético; unas viejas columpian a Escorpina en las llamas mientras cae el telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Especie de atrio del Renacimiento en el soberbio palacio de don Félix de Agrellano. Únicamente se ve una parte de dicho atrio, dividido como se le supone, en dos partes desiguales por la línea de la batería Todo el lado izquierdo lo constituye una galería o pórtico de mármol, con arcos y columnas, que abre sobre un jardín, trazado al modo de los jardines italianos del Quinientos. Dicha galería lleva un sentido diagonal con respecto al plano del escenario. En el muro del fondo, también diagonal, para formar ángulo recto con la galería, un gran portalón, que abre y cierra. Casi toda la pared lateral derecha está abierta en un arco, que cubre un tapiz. Esta pared es perpendicular a la línea de la batería. Se supone que la galería o pórtico se prolonga por ambos lados, más allá del atrio y que a ella dan acceso, desdesde el jardín, dos escalinatas. La cortina se levanta sobre un crepúsculo rojo y amaranto, de tarde de verano, en país cálido. La lejanía del jardín tiene los oros y las púrpuras de las paletas venecianas.

En primer término, a la derecha, y delante de un lienzo en que pinta, don Félix de Agrellano. Cerca de éste, su paje Dragonel, con paleta y pinceles, le ayuda, presentando los colores preparando los que necesitan preparación, limpiando los pinceles y ofreciendo la paleta para las pruebas, cuando su señor, generalmente con un gesto la reclama. Hacia el fondo y sobre una tarima baja, de un solo peldaño, estará Escorpina, en atavío parecido al de la primavera de Boticelli y en actitud de modelo clásico. En pie, contra una de las columnas, el manto verde arrastrando, la cabeza ligeramente inclinada y de-

vorando con los ojos, en una contemplación obs-sionante a Escorpina, que parece envuelta en un ve-lo de púrpura bajo aquella mirada, Monseñor Con-rado Alepo.

DON FÉLIX

¿Calláis, Monseñor?

MONSEÑOR ALEPO

Estuve
mientras callaba, observando
cómo, lo que os cuento, arranca
de aquellos dos ojos, rayos.
(*Ha señalado a Escorpina y se acerca a ella*
—Maravíllame, Escorpina,
si no has visto, o no has soñado
lo que yo cuento, esta noche,
que ahora te interese tanto.

ESCORPINA

(*Baja los ojos.*)
Yo, señor...

MONSEÑOR ALEPO

(*A don Félix.*)
Decid, ¿no habita
la tal moza el descampado
solar de ruinas, que fueron
Torre del Morisco?

DON FÉLIX

(*Pidiendo la paleta a Dragonel.*)
Exacto.

MONSEÑOR ALEPO

No pudo asistir, entonces,
a lo que os digo del rapto,
que ocurrió en un sitio, lejos,
la selva entrada, en un claro,
junto a una choza y—por fondo—
dos muros negros y un árbol.

DON FÉLIX

¡Siempre fuísteis inventor
de maravillas, Conrado!

(*Alepo tiene para Escorpina, una mirada severa.*)
Oro.

DRAGONEL
¿En qué tono?

DON FÉLIX
El del cielo.

DRAGONEL
No soy Dios, para hacer tanto.

DON FÉLIX
Pues más has de hacer: si no,
Dragonel, ¿por qué pintamos?
(*Dragonel prepara el color; mientras lo espera, dice don Félix a Alepo.*)
¿Pero no seguís? Estábais
en lo mejor del relato.

MONSEÑOR ALEPO
Pusieron a la doncella
las gentes en mi caballo;
dió de la espuela un montero,
ganó al aire y os la trajo.

DON FÉLIX
(*Que se habrá alejado para contemplar su obra.*)
Monseñor: fuera yo un hombre
como hay tantos hombres, dado
a cuentos de hechicería,
brujería o milagros
que asaz estopa me dábais,
con lo que me habéis contado,
para aplicarle esta noche
todos los fuegos de un auto;
conque lo pasaráis mal
pesia, Alepo, al ser hidalgo,
habiendo en España siempre
para estos infundios pábulo
¡y estando el inquisidor
de Castilla, en Agrellano.

DRAGONEL
¡Yo le he visto!

DON FÉLIX

Tiene fama
cumplida de sanguinario.

DRAGONEL

Piel cetrina, ojos ardientes,
barba corta y fino el labio,
como vuestro emperador
que pintó nuestro Tiziano.

DON FÉLIX

Conque, si es cierto que viene
para el lance del retablo,
nuestra amiga la Gaifera
va a encontrarse en un mal paso.

MONSEÑOR ALEPO

(*A Escorpina.*)
Por cierto, ¿es cierto, Escorpina,
que yo te he visto rondando
del Inquisidor la casa,
no era aun día en Agrellano?
Llamáronte a declarar,
me has dicho, en lo del Retablo...

ESCORPINA

¿Yo señor? Ni os vi, ni os dije...

MONSEÑOR ALEPO

Será sueño; no hagas caso.

DON FÉLIX

(*Que ha vuelto a sentarse y pinta.*)
¿Sospecháis, Conrado Alepo,
que pretendan complicarnos,
porque los amigos somos
de la Gaifera en el caso?

MONSEÑOR ALEPO

Es posible.

DON FÉLIX

Nada temo.
Yo burlo de ello. Mis labios
besaron a Italia, en Nápoles:
con que me afirmé de humano.
La galera veneciana
que herido a España me trajo,

recordará mis vigilias
leyendo en latín a Erasmo
Pinto; es decir que soy reo
de hechicerías en que hago
de humana materia un culto
y del color un milagro:
para arrancarle a la vida
todo el misterio, quebranto
la misma muerte, esto es,
que sigo en el cuerpo humano
por la quemazón que deja,
del alma extinguida el paso;
no creo en hechizos, sombras,
fantasmas, visiones, trasgos:
¡niego el misterio y así
cojo el mundo entre estas manos!

MONSEÑOR ALEPO

Holgárame de seguiros,
don Félix, mas no lo alcanzo;
creo en el misterio, que es
tan sutil el de Agrellano,
que para entrarse, a las veces,
por los mejores palacios,
cala y atraviesa y filtra
lo más espeso del mármol.

(*Una breve pausa; don Félix con voz algo más grave, pregunta:*)

DON FÉLIX

¿Queréis decir?...

MONSEÑOR ALEPO

¿Hoy, qué os pasa,
señor, que de cuánto os hablo
receláis?

DON FÉLIX

¿Pues vos queréis
que dé crédito al relato
de la doncella durmiente
y de su hechizo y del rapto
y de apuestas y de orgías,
a luz de luna y en sábado?...

—Sois hidalgo: en Roma he sido
vuestro camarada y hago
profesión de haceros honras,
huésped mío, en Agrellano;
sabéis física, gramática,
letras, ciencias y tenéis trato
de Monseñor, por un sello
que os dió un Cardenal romano;
pues, por cuanto tantas prendas
concurran en vos, no es caso
para que rendido apruebe,
para que os crea forzado,
cuando vos paséis la linde
de lo posible y lo humano.

MONSEÑOR ALEPO

(*Avanzando hasta don Félix*

Ayer, entrada la noche,
señor don Félix, ¿no cenamos
en casa de la Gaifera?

DON FÉLIX

Como otras tantas.

MONSEÑOR ALEPO

¿Y un claro
vino de Chipre, al caer,
no hizo de ámbar nuestros vasos?

DON FÉLIX

Pudo ser... y aun sí sería
y aun sospecho si pasamos,
abusando en las botellas,
la medida de los vasos;
que en este punto los hilos
de mi recuerdo enmaraño,
conque al fin, todo en el Chipre
vendrá a quedar explicado.

MONSEÑOR ALEPO

Sois vos tan buen bebedor,
don Félix, que yo no os hago
juguete, en tan pocas horas,
de un Chipre de pocos años;
quisísteis en montería

salir después a los gamos,
que, con la luna, afirmábais
que era un hermoso aparato.

(Dragonel pretende charlar con Escorpina; ésta no le hace caso, y ambos acaban por prestar atención creciente al diálogo de los dos amigos.)

DON FÉLIX

No recuerdo...

MONSEÑOR ALEPO

Las jaurías
en un punto atraillamos...

DON FÉLIX

No recuerdo.

MONSEÑOR ALEPO

Y viendo entonces
a la doncella...

DON FÉLIX

¿En un claro
junto a una choza, y de fondo
dos muros negros y un árbol?

MONSEÑOR ALEPO

¡En donde fuera!... La vísteis
y exclamásteis: «¡Diera al Diablo
mi alma porque fuese mía,
si espíritus pueden tanto!»
Yo os dije: «Eso puedo yo.»
Y vos preguntásteis: «¿Cuándo?
Decidme un plazo.» «¡Mañana,
y en la casa de Agrellano!»
No hablé más, no hablásteis más
y os fuísteis, siguiendo un rastro.
Quedéme atrás, quise; fué.
Del resto ya hice el relato.

DON FÉLIX

(Caviloso.)

¡Pues, si no es burla, por Dios
que me vais interesando!

(deja sus pinceles.)

Cambia la ropa, Escorpina;
Dragonel, limpia esos palos.

(*Intrigado vuelve junto a su amigo; Escorpina,*
dejar de atender al diálogo, se dispone a sali

MONSEÑOR ALEPO

¿No os ha dicho la doncella (*A don Féli*
si mis gentes la trataron
como cumple a servidores
de un Monseñor italiano?

DON FÉLIX

¿Qué doncella?

MONSEÑOR ALEPO

(*A Dragonel.*) ¿Cómo llaman,
si tú lo recuerdas, Drago,
a la hija de la mendiga
Cordalia?

ESCORPINA

(*Que en este intante iba a sali*
Aquí los villanos
Mari-Verbena la llaman. (*Sal*

DRAGONEL

Naciendo, la bautizaron
María, como a la Madre
de Dios.

MONSEÑOR ALEPO

Eres docto, Drago;
por el nombre preguntaba,
lo demás no viene al caso.
¿No os dijo si mis monteros
le han puesto en dobles su manto
para aforrarle las puntas
del arzón de mi caballo?

DON FÉLIX

¿Pues cuándo pudo decirlo,
Monseñor? ¿La he visto acaso?

MONSEÑOR ALEPO

¿No la vísteis?

DON FÉLIX

¿Cómo y dónde?

MONSEÑOR ALEPO

¡Comprendo, entonces, el pasmo
conque me oís!... ¿No la vísteis ?

¿Ni otra gente del palacio,
Dragonel, ni tú tampoco
las has visto, ni la has hablado?

DRAGONEL

(*Con emoción de credulidad.*)

No; pero recuerdo bien
que a la aurora resonaron,
despertándome en zozobra,
por el jardín unos pasos. (*A don Félix.*)
Sobre la alfombra del césped
me parecieron tan raudos
que, por si eran ellos, quise
contar vuestros doce gamos.

DON FÉLIX

No es el lance, Dragonel,
para que me abras los párpados
de tal modo, ni en tal susto
te ponga.

DRAGONEL

Es que estoy dudando
de lo que os digo, don Félix;
porque, al oiros del rapto,
vine a perder el sentido
de lo vivo y lo soñado
y ya me doy a pensar,
Dios me perdone, si al cabo
dirán verdad los que dicen
que el diablo está en Agrellano.

MONSEÑOR ALEPO

¡Y en todas partes; porque es
mucho de andariego el diablo!

DON FÉLIX

(*Desde junto al cuadro, adonde pasó.*)

¡Me holgara yo de poder
toparle, si es cierto, al paso!

MONSEÑOR ALEPO

Buscad, si hallarle queréis... (*Con intención.*)

DON FÉLIX

¿Qué sitio?

MONSEÑOR ALEPO

Los despablados,

donde haya torres caídas,
pozos muertos, muros agrios,
o viejas columnas rotas
con hebras de jaramago.

DON FÉLIX

¿Y él es de bulto?

MONSEÑOR ALEPO

O lo finge.

DON FÉLIX

¿Gran Señor?

MONSEÑOR ALEPO

Según los casos;
es hábil.

DON FÉLIX

¿Juega la espada?

MONSEÑOR ALEPO

¡Qué comezón os ha entrado!
Con fintas, mañas y astucias;
que tiene el juego italiano,
¡dicen!

DON FÉLIX

Me alegra saberlo,
por si un día viene al caso.

MONSEÑOR ALEPO

Yo hablo lo que hablan.

DON FÉLIX

¡Y sois
muy fino hablador, Conrado!

(*Don Félix, que tiene cogido el bastidor d… lienzo, a Dragonel.*)

Coge de esa tabla, a ver
si el armatoste apartamos.

(*Salen, llevándose el lienzo. Casi tropiezan con Es… corpina, que llega aprisa, vistiendo otra vez l… usadas ropas del acto primero. Se hacen a un l… do para dejarla pasar. Escorpina espera que de… aparezcan ellos para hablar a Alepo, diciéndole:*)

ESCORPINA

¡Mari-Verbena aquí!... ¡los logros, ella!
¡yo, sólo los deseos!

MONSEÑOR ALEPO

(*Con desdén y frialdad.*)

¿Qué murmuras, mujer? No te conozco.

ESCORPINA

Soy la que ayer, saltando de mi lecho,
con un conjuro, os franqueó las ruinas
en la mitad del círculo de fuego.

MONSEÑOR ALEPO

(*Aparentando naturalidad.*)

Sueñas despierta. O, porque ayer soñabas,
quieres hacer realidad del sueño.

ESCORPINA

¿No os he visto en las ruinas?...

MONSEÑOR ALEPO

Bien podías:
gritó Cordalia tanto que el secreto
del rapto se hizo imposible.

ESCORPINA

¿A mis conjuros
no respondísteis, Monseñor, viniendo?

MONSEÑOR ALEPO

Yo me respondo siempre a mí, Escorpina,
voy a lo mío y con lo mío vuelvo.
Piensa bien; no me viste ayer; ¡soñaste!
los deseos son brasa... humo los sueños...
(*Baja la voz y se acerca a Escorpina; transición.*)
¿Conoces a Cordalia?... Háblame de ella.
Quince años de la tierra estoy viviendo
siempre a la espera suya y siempre en balde;
siempre en su corazón, y siempre lejos.
¡Pero esta noche!...

ESCORPINA

(*Con despecho.*) ¿Por Cordalia, entonces,
vinísteis a las ruinas?

MONSEÑOR ALEPO

Fuí sirviendo
las voluntades de un amigo.

DON FÉLIX

¿Acaso,
de don Félix?... ¿trajísteis a su lecho,

robándola, ayer noche, de las ruinas
a la genttil Mar-Verbena?...

MONSEÑOR ALEPO

(*Sarcástico.*) ¡Pero,
me servía, sirviéndole, a mí mismo!
Hoy, la que ayer mi presa, es mi señuelo;
pensando en la raíz, cogí la rosa,
por traerme al pastor hurté el cordero.
¡Cordalia está en mis mano, porque en ellas
la salvación de su Verbena tengo!

ESCORPINA

¿Luego amáis a Cordalia?

MONSEÑOR ALEPO

Esas palabras,
dime, Escorpina, ¿significan celos?

ESCORPINA

¡Significan que nunca será vuestra
Cordalia!

MONSEÑOR ALEPO

Nunca. (*Sonriente.*)

ESCORPINA

¡Yo os lo juro, Alepo!

MONSEÑOR ALEPO

¿Tienes tanto poder?

ESCORPINA

Tengo odio, ¿es poco?

MONSEÑOR ALEPO

Menos podía ser...

ESCORPINA

¡Y tengo celos!
¿ya, para qué negarlo? Los tenía
desde ayer noche; realidad o sueño,
siento vuestro desdén sobre mis ansias
y como resignarme a ello no puedo
dime prisa para la venganza.

(*Antes de salir, afrontando cara a cara a Monseñor Alepo y aludiendo a sus palabras de la escena anterior.*) Es cierto:
delaté al Tribunal la hechicería;
los cuadrilleros de la Santa ha tiempo
que buscan a Cordalia y a vos mismo:

yo os merecí desdén: ¡así me vengo!
Antes que sea vuestra en esta vida,
¡muera Cordalia!

MONSEÑOR ALEPO

Y lo será en lo eterno.

(*Escorpina desaparece en la obscuridad; Alepo la sigue unos pasos y dice para sí:*)

El mal se añade al mal; una ley negra
bajo la ley de la luz, ata los hechos,
que en la pasión amalgamados, ¡todos
nos servimos y no nos conocemos!

(*Dragonel levanta el tapiz del lateral para dar paso a don Félix. Alepo se va apresuradamente.*)

Si uno es el fin, ¿me importarán los medios?
¡Don Félix!, el instante apresuremos.

(*Entran Dragonel y don Félix.*)

DON FÉLIX

Dragonel.

DRAGONEL

Estáis triste, ¿qué os aflige?

DON FÉLIX

¿Se ha podido entender por lo que dije?

DRAGONEL

Yo lo adivino en vuestro
callar; que sois mi dueño y mi maestro.

DON FÉLIX

Y es verdad, Dragonel; lo que cabría
en las palabras del afán del día,
lo que cumple a la mano
o a la razón, me tiene satisfecho.
Sólo tiene motivos de alegría
mi corazón, pero perdió su día.

(*Ha hundido la cabeza en su pecho; Dragonel, a sus pies, dice:*)

DRAGONEL

Serán siempre unas flores
que misteriosamente, en la ventana,
al abrirla, encontráis cada mañana
las que os hacen sufrir.

DON FÉLIX

Hoy no hallé flores;

en la ventana había
sólo cenizas, ¿qué hálito ha pasado
que mis rosas de siempre se ha llevado?
Misterio era; pero era
aquel ramo, en la lumbre mañanera,
caso real, como una voz; sentía
que mi alma en cada flor se descogía,
me embalsamaban la jornada entera
y hoy, no hallarlas, me dió melancolía.
Tú me conoces, Dragonel; soy hombre
de dar cuerpo a la luz, substancia a un nombre;
no me quitan la calma
sueños, fantasmas, sombras ni vapores;
¿pues por qué, en el misterio de estas flores,
hoy que me faltan, se turbó mi alma?

DRAGONEL

¡Yo qué os diré!... Porque la vida humana
tal vez no es vida humana todavía
para aquel que no encuentra, cada día,
las flores del misterio en su ventana.

DON FÉLIX

¡Eso no, Dragonel, antes diría
que esta vida del mundo es cosa vana
para aquel que no trueca, en obra humana,
las flores del misterio, cada día.

DRAGONEL

¿No es lo mismo?

DON FÉLIX

¡Está más en nuestra mano!

DRAGONEL

¿Pasos en el jardín? *(Con sobresa*

DON FÉLIX

Será el romano.

(Dragonel observa. Don Félix aña

La obscuridad me da melancolía...
¿qué me importan mis flores,
ni quien las ponga, ni quien las abrase?
¡La vida importa y recoger del día
los placeres que da, no los dolores!
Tráete luz, Dragonel, y que esto pase.

(Dragonel sale por la derecha. Un resplandor como de luna cae sobre el jardín. Don Félix, sugestionado, no aparta sus ojos del pórtico. El resplandor precede a la figura de Verbena, que aparece en él.)

VERBENA

ñeñor. ¿Seréis, señor?... *(Dando unos pasos.)*
(Reconociéndole.) ¡Sí! ¡Ya he llegado!
Por fin!... El día entero habré pasado
in sentirlo. Corría, me perdía...
qué jardín! ¡cuánta rosa! Parecía
ue por envidia, el día
lel cielo de las noches estrellado,
n vez de estrellas rosas encendía.
Tanta luz me ha cegado;
ne perdí, fué la noche y sosegado
le estar en la sombra, el corazón latía
uando un rayo de luna parecía
ue me iba acompañando de la mano;
or la alameda me sacó a la vía:
vi el agua, la umbría;
llí el césped de seda en todo el llano;
llí la gradería
le mármol italiano
aquí el palacio, que yo no conocía,
a vos en él, don Féliz de Agrellano.

DON FÉLIX

Pues tú quién eres?, dime.

VERBENA

Soy Verbena;
Mari-Verbena, si queréis.

DON FÉLIX

¡María!

VERBENA

Sí; una noche mi madre, que es tan buena,
a me dijo que así me llamaría.

DON FÉLIX

Dónde vive tu madre?

VERBENA

En las ruinas.

DON FÉLIX

¿Quién es?

VERBENA

¿Pues no me habéis reconocido?
¡Y yo que vine a vos porque he creído
que me apreciábais! Todas las espinas
que viniendo he pisado
siento en mi corazón, que lo han llagado.
(*Intenta hu*

DON FÉLIX

Si sé cómo eres ¿quieres (*Reteniéndo*
que ponga empeño en conocer quién eres?...
¿Qué importará saber por qué caminas
descalza y, de tu vida, dónde empieza,
si eres tú la que andando me iluminas,
Verbena, toda la naturaleza?
Pero yo sé quién eres; te esperaba
mi alma; tú eres aquella
que, sintiéndose bella,
dormida y triste, con mi amor soñaba.

VERBENA

¡Sí, don Félix!

DON FÉLIX

Tu sueño te decía
que yo te libertaba
de tu miseria un día...

VERBENA

¡Sí!

DON FÉLIX

¡Que te daba músicas, festines,
mascaradas al modo de Venecia;
todo el verano palpitaba Grecia
bajo el pórtico en luz de mis jardines;
al invierno alegraban el estrado
versos de Aretino y farsas mías;
el otoño llegado,
era el batir de caza en monterías,
y parecían llamas los tropeles
de tus galgos lebreles...

VERBENA

¿Pero el amor?

DON FÉLIX

Espera;
¿pues a qué me dejé la primavera?

VERBENA

¿Sí?

DON FÉLIX

Como tú querías
serás, Verbena, en estas tierras mías,
que, porque te conozco, te he guardado
todo lo que has soñado,
y sobre todo y nuevo cada día,
mi amor—ya ves te lo confieso, al cabo—
que aunque en mí es lo primero, dueña mía,
no lo nombré hasta el fin, porque es tu esclavo.
Dime, ¿te he conocido?

VERBENA

¡Oh, sí!

DON FÉLIX

Y aquel encono,
¿lo olvidarás un día?

VERBENA

Ya lo olvido

DON FÉLIX

¿Y me perdonarás?

VERBENA

Y ya os perdono.

(*Una sensación de miedo le hace mirar a su alrededor.*)

Señor... ¿cómo he podido
llegar aquí?... Ya os vi, me habéis hablado:
ahora, si es de verdad lo prometido,
devolvedme al rincón que he abandonado.
Si no es en sueños, creo
que aquí vine, no más, con el deseo;
pero en las ruinas estará con pena
mi madre, junto al cabezal vacío,
llorando acaso sobre el lecho mío,
sin alcanzar lo qué es de su Verbena.

DON FÉLIX

Vamos... *(Tendiéndola la mano.)*

VERBENA

(Turbada.) ¿Adónde?

DON FÉLIX

¡Manos primorosas!
Dime, ¿es qué ellas son flores, o es que asume
su piel todo el perfume,
de avezadas que están a coger rosas?

VERBENA

Tanto, que hoy he sufrido
toda la tarde de melancolía,
señor don Félix, porque no he podido
cogerlas del rosal donde solía.

DON FÉLIX

¡Ven! *(Queriendo llevarla.)*

VERBENA

¡A la senda!

DON FÉLIX

Luego.

VERBENA

¡Madre mía!
Pues tantas pobres aves que en prisiones
de hilada argentería
por fuerza retenéis, ¿son corazones?

(Don Félix sonríe y besa las manos de Verbena. Entra Dragonel con una antorcha; le sigue Alepo.)

DRAGONEL

Señor...

(Dragonel sujeta al muro la antorcha; a un signo de Alepo desaparece.)

DON FÉLIX

(Creyendo hablar con su paje.)

¡Nadie mi estrado
pise esta noche, Dragonel; que ha dado
por fin con su alegría,
mi corazón al terminar el día!

(Se dispone a entrar por la lateral; rígido, Alepo levantando el tapiz, espera y sonríe.)

¿Vos?

MONSEÑOR ALEPO

¿Qué os extraña?

VERBENA

A mí, favor!

DON FÉLIX

¿Qué es esto?

MONSEÑOR ALEPO

Señor don Félix, ya lo veis:

(*Les invita a pasar bajo el tapiz y concluye.*)

un gesto

Digo: «pasad, felices corazones;
queda a punto el estrado,
la mesa en orden, el tapiz doblado,
y al aire, en vez de antorchas, ilusiones»

DON FÉLIX

Mis pajes...

MONSEÑOR ALEPO

Ni uno queda: presa fueron
de no sé qué sopor que les ha entrado
y rendidos cayeron
fiándome el servicio del estrado.

DON FÉLIX

Si es burla...

MONSEÑOR ALEPO

A mí me tiene complacido;
no os estorbo; aquí quedo, estáis servido.
Si va en auge el festín y no despierta
paje o copero en la dormida tropa,
como al cuidado yo estaré a la puerta,
vos gritadme, señor: «¡vino a la copa!»

VERBENA

(*Con grande instancia a don Félix.*)

Ahora os sigo...

DON FÉLIX

¡Verbena!

VERBENA

Adonde sea
que me llevéis, os sigo;
¡sacadme, por favor, donde no vea
que me mira burlando vuestro amigo!

DON FÉLIX
¡Dejadnos paso!

MONSEÑOR ALEPO
¿Por qué no? (*Descorriendo el tapiz.*)

DON FÉLIX
Mi espada,
Verbena, fué templada
para dejar un día a cintarazos,
y a los pies de una hermosa codiciada,
una befa italiana hecha pedazos...

MONSEÑOR ALEPO
(*Dejándoles paso.*)
«¡Vino en mi copa!» os servirá mi diestra,
no lo olvidéis, y la doncella es vuestra.
(*Volviendo a dejar caer el tapiz cuando han desaparecido.*)
Pasó cerca el amor... ¡odio: confórtame!
(*Aspirando la calma de la noche dice:*)
Clara la luna y ebrios
los astros y una música en el aire
donde parece diluirse el cielo...
¡Bella noche de amor, para quien ame,
Dios en la altura, o en la tierra insecto!
¡Bella noche de amor!... ¿y qué?... Mi suerte
no es fatal? ¿No resbalo
de la cumbre más alta hacia la muerte? (*Pausa.*)
¡Monotonía atroz, monotonía
que el hombre desconoce!
Amar, llorar, dudar, noche, alba, día;
del placer al dolor, del llanto al goce,
así, vario, y variando cada cosa
por él, dándole un prisma a cada nombre,
cada mortal, ¡diversidad gloriosa!,
es dos, es ciento, es mil, en sólo un hombre.
¡Y yo uno, sólo uno,
sin cambiar; uno siempre; esto es, ninguno!
¿Porque pienso?... ¡Ah ya entiendo! ¡Es el vestido
de carne humana, en el que voy metido!
(*Como hablando con alguien.*)
La noche en que salí de mi retablo,
para ser como soy y hablar como hablo

y andar entre la gente, fué preciso
que robara este cuerpo, en una fosa;
no se halla siempre a mano y de improviso
un cuerpo mozo y bien plantado; cosa
necesaria en quien hace
profesión de tentar al que le place.
(*Mostrando que está en diálogo con su cuerpo.*)
¡Cuerpo mío prestado, ayer difunto
y que hoy me encierra, hasta cierto punto!
¿De quién debiste ser cuando vivías?
Si no de un profesor en Teologías,
que aun lleva silogismos en los sesos,
de un estudiante pecador serías
según me estás sintiendo hambre de besos.
(*Transición.*)
Pero a mí no me importa... ¿Y por qué digo
«*no me importa?*» ¿No siento el acicate
del dolor de no amar, que va conmigo?
¡Fué de estudiante el corazón!... Aún late.
Le aquietaremos. (*Vuelve al pórtico y grita:*)
¡Lanza tu venablo,
pronto, Escorpina; porque está que arde
por todo el pueblo el lance del retablo!
Pon a la gente en armas y haga alarde
de resistirme en esta lid que entablo,
la canalla cobarde.
(*Sarcástico, abandonando otra vez el pórtico.*)
Pero, señor Inquisidor, ya es tarde;
porque yo nunca he sido un pobre Diablo.
(*Saca del cinto una daga de oro.*)
Pronto... Acabemos; porque estoy metido
dentro del propio fuego que he encendido.
¡Cuatro almas en peligro!... Ya la aguja
del estambre del Mal queda enhebrada;
¡vámonos yo a la nada,
y a su hoguera, en la plaza, cada bruja!
(*Va a herirse pero, arrepintiéndose, exclama:*)
¡No, sangre no!... (*Sentándose.*)
Me amaba y era bella;
del dolor de no amarla estoy rendido;

¡pues que toda esta carne en que he vivido
se me deshaga en lágrimas por ella!
(*Apoya la frente en la mano y con un sollozo.*)
¡Cordalia;... amor!... (*Pausa.*)

DON FÉLIX

(*Su voz detrás de la puerta del fondo.*)
¡Vino en mi copa!

MONSEÑOR ALEPO

(*Poniéndose de pie.*) ¡Acudo!
Lloré una sola; pero tal ha sido,
que tocó mi piel, porque abrazó el vestido.

DON FÉLIX

¡Vino en mi copa!

MONSEÑOR ALEPO

(*Corriendo a la puerta.*) ¡Porfiad, que ayudo!

CORDALIA

(*Apareciendo y cerrándole el paso.*)
¡No!

MONSEÑOR ALEPO

¡Pasaré!

CORDALIA

¡Jamás!

MONSEÑOR ALEPO

¿A qué has venido?

CORDALIA

¡Verbena!

MONSEÑOR ALEPO

¡De ella y sus amores cuido!

CORDALIA

¿Su cuchillo eres tú? Pues yo su escudo.

MONSEÑOR ALEPO

(*Reteniéndose y con sarcasmo.*)
Madre Cordalia, desde ayer es tanto
lo que anduvo la bella,
que ya no basta con tu pobre manto
para amparar sus hombros de doncella.

CORDALIA

¡Jamás!... ¡Antes la nieve
dejará de estar blanca; mota leve
de humo, el aire, serán montes de roca;
dará sombras el sol, verdad tu boca,

ué de su pecho, en mi piedad seguro,
rote palabra o pensamiento impuro!
Verbena!

MONSEÑOR ALEPO

Fatalmente
ni obra es el mal; déjame hacer, consiente;
levuélveme el anillo de tu mano,
l fundirlo en la copa de Agrellano,
ibre de mí has de hallarte nuevamente.
Tu hija, por ti!... ¡Pero tú, vuela, escapa...
as turbas atraviesa y cuando exulten
e odio y venganza, a su furor te oculten
os vuelos de tormenta de mi capa!
Mira que apremia el tiempo; que camina
a gente en armas a buscar tu rastro,
que arde ya, en la noche, como un astro,
a medusa de llamas de Escorpina.

CORDALIA

Pues bien, ahora, más que nunca cuido
ue mi sitio está aquí.

MONSEÑOR ALEPO

Piensa, Cordalia,
ue toda es para ti la represalia;
quieres triunfo mayor? soy yo quien pido.
Y diera, al ver los lirios de tu mano
el oro y el marfil de tus mejillas,
mi orgullo eterno para ser humano
poder adorarte de rodillas!

CORDALIA

(*Juntas las manos, como rezando.*)

«Perdóname, Señor; cuando tú mismo
» en esta lucha horrible me empeñaste
» será que, ya al nacer, me destinaste
» para llevar tu nombre hasta el abismo.»

MONSEÑOR ALEPO

¡De ágata la mirada violenta,
de azabache los rizos en su espalda
y su pecho desnudo, una esmeralda
color lago en noche de tormenta!

CORDALIA

¡Calla, boca de horror!

MONSEÑOR ALEPO

¡Si tú quisieras!
¡Cede, Cordalia!

CORDALIA

¡Aparta de mi lado!

MONSEÑOR ALEPO

Mira qué mancha aquí; ya te he llorado:
(*Señalando*
¡mi llanto apagaría esas hogueras!
Si no...

CORDALIA

(*Comprendiendo que la amenaza en su hija*
Veamos si entendí el mercado:
porque triunfe en la lucha que la espera,
porque tu aliento en su candor no influya,
su madre te ha de amar y a tu manera,
dijiste ayer.

MONSEÑOR ALEPO

Tal dije ayer.

CORDALIA

(*Con horror de las palabras que pronuncia; la vo*
sorda.) Soy tuya.

MONSEÑOR ALEPO

¡Mía! (*Estupor y pasión*

CORDALIA

Sí. ¿Qué te extraña
si soy madre y la engendré con pena?
¡Pues no va siempre al aire la azucena
y la contempla Dios y el sol la baña,
mientras la madre, la raíz, se empaña
de fango y limo, siente por sus hebras
meterse el lodo, reastrear culebras,
todas las impurezas de la entraña?
Dios, más grande que tú, sabe en qué dura
vacilación tu mano me atropella;
¡que mi hija triunfe y triunfaré con ella!
¡Si he engendrado la pureza, ya soy pura!
¡Hija! (*Se dirige hacia la puerta.*
Ya no, no me conocería...
(*Se detiene; ve a Alepo que sonríe.*

¡Ah, si pudiera, me arrepentiría!
¡no veré más a mi Verbena!...

MONSEÑOR ALEPO

¡El pacto!...

CORDALIA

¡Pues bien, acaba y al fatal contacto,
mi alma deje de ser, sin agonía!
Pero aquella piedad que te he tenido,
arista seca, estalla en este fuego;
ya no te quiero más, ya no te ruego:
te odia en mi corazón cada latido;
quise tu bien, te tuve amor, he sido
venda en tu herida, bálsamo en tus llagas
¿y así me pagas? Pues si así me pagas,
¡maldita la piedad que te he tenido!

MONSEÑOR ALEPO

¡No, que era dulce tu piedad!...

CORDALIA

(*Tumulto de algarada, muy cerca.*) ¿Quién grita?

VOCES

¡Al fuego, la Cordalia y la Gaifera!

CORDALIA

(*Corriendo al barandal.*)

¡Mi salvación!... ¡Cordalia la hehechicera
yo soy!... ¡Leña de hoguera, sé bendita!

(*Sordo rumor de la turba.*)

MONSEÑOR ALEPO

(*Aparte y fuera de sí.*)

¡De grado os tomo, siglos de tormento!
¡por esta noche en furia de Agrellano!
¿Es esto amor? Pues bien: ya que te siento,
¡embriágame una vez, amor humano!

(*Las turbas aparecen en el pórtico.*)

VOCES

¡Cordalia!

CORDALIA

(*De rodillas y abiertos los brazos.*)

¡Aquí, soy yo!

MONSEÑOR ALEPO

(*Colocándose entre las turbas y Cordalia.*)

¿Quién osaría,
teniendo fuero en casa de Agrellano,
transponer ese umbral?

CETINA

¿Nos desafía?

UNA VOZ

¿La ampara?

VOCES

¡Al fuego!

CETINA

¡A muerte, el italiano!
¡Le acusó el Tribunal de hechicería!

VOCES

¡Al fuego, al fuego!

MONSEÑOR ALEPO

(*Asiendo a Cordalia, dispuesto a salir con ella.*)

¿El Tribunal, acaso,
se pone en frente de esta espada?... ¡Paso,
y nadie toque a esta mujer!... ¡Es mía!

(*Ruedan contra la espada de Alepo seis o siete espadas a la vez.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

La misma decoración del acto primero. Si es posible, ruinas en las ruinas; es decir, rastro del paso de las turbas que durante la noche de represalia y tumulto en el pueblo saquearon y asolaron el asilo de las brujas. De cuando en cuando, lejanísimo, suena vocerío de turbas aisladas. El lívido albor de una madrugada arisca. Cielo de tormenta, donde relampaguea siniestramente. Vagando por la escena, desoladas, escuálidas, sin manto, misérrimas, y algunas con heridas, MARI SÁNCHEZ, QUITERIA, CENTENA y otras viejas. MASTE BLAS, en un poyo, sentado, cuenta:

MASTE BLAS

Como os cuento.
La del soplo fué Escorpina,
la hija de mis pecados...
¡cuando la vea!... si le queda vida,
se la quiebro de un palo.
Y anda allá, entre las turbas, destocada,
con las greñas al aire,
que ya no son de fuego en su cabeza:
son de sangre. (*Voces de las turbas, lejanísimas.*)
¡Al italiano! ¡Al Monseñor! ¡La hoguera!

CENTENA

¿Le persiguen?

MASTE BLAS

¡Le acosan! Y el don Félix,
en un cartel, donde contó los hechos,

le reta a pie, a caballo o a daga,
solo o con diez, en campo abierto o cluso,
a muerte, hoy mismo, antes que rompa el día

MARI SÁNCHEZ

¿Cumplióse el lance?

MASTE BLAS

No lo sé; pensaba
que sabríais vosotras... Esta tarde
le vi cruzando el puente y ya iba solo;
parecía furioso.

MARI SÁNCHEZ

Cuando estaba
la multitud atravesando el puente
para venir sobre él, tendió la mano,
se partió el arco y medio pueblo entonces
cayó al abismo.

QUITERIA

Exasperó la furia
de los que lo persiguen.

MARI SÁNCHEZ

No se libra
de morir esta noche.

MASTE BLAS

En Agrellano
piensan que la Cordalia está en las ruinas
y que él vendrá por ella.

QUITERIA

Y así corren
todavía las gentes.

MASTE BLAS

Si no ha muerto
de pánico o cansancio la Cordalia,
debe volver aquí.

QUITERIA

Vendrán las turbas
otra vez.

MASTE BLAS

Para dar con la Gaifera,
que ésa va al fuego, y más que todo, para

ver si en paraje tal hallan a mano
y hacen pedazos de él...

MONSEÑOR ALEPO

(*Entrando.*) Al italiano.

CENTENA

¡Cristo nos valga y su piedad!

MARI SÁNCHEZ

¡No esperen!

(*Huyen todas dejando solo al sacristán con el italiano.*)

MASTE BLAS

No es de tan fiera pinta. (*Por Alepo.*)

MONSEÑOR ALEPO

Cruzó la escena, llegó al tabuco de Cordalia, miró adentro.) Aquí tampoco.

MASTE BLAS

Si es Cordalia a quien busca su Eminencia,
tampoco aquí; decían en la plaza
que vos sabríais de ella.

MONSEÑOR ALEPO

Lo que puede saberse, en este mundo, (*Grave.*)
de quién nació para pasar la tierra,
sé de Cordalia.

MASTE BLAS

Pues no está muy claro.

MONSEÑOR ALEPO

Desvanecida la amparé; la diestra
no me bastaba para espada y daga,
y la dejé en las gradas de la iglesia
para volver en busca suya, cuando
libre a mi fuga el arrabal tuviera.
Volví; no estaba ya; dos pensamientos:
Dios y Verbena
pudieron arrancarla de las gradas;
y a su hija busca o a su Dios le reza.
Pero aquí volverá... por mí ¡que es mía!

MASTE BLAS

No os la disputo.

MONSEÑOR ALEPO

Y sobre todo ¡es ella!

Tú eres villano, rústico,
cacoquimio, zumbón, zafio: quisiera
darte para Cordalia mi adiós, antes
de abandonar la tierra;
porque mi fin se acerca ya...

MASTE BLAS

(A lo menos
sabes la que te espera.)

MONSEÑOR ALEPO

Dile que herido de su fe, vencido
sino de ella, del Dios que habita en ella,
salgo de aquí; confiésale que ha dado
largo afán a mis días esta tierra;
que me avine a ser grande, y contagiado
mientras vivía, de fingir grandeza,
hasta el manto de sombras que he arrastrado,
cuando, muerto, me envuelva,
pegado en él conservará, del roce,
no sé qué vago resplandor de estrellas...
No le digas que he muerto,
sacristán; no es que muera.
Salgo de esta Castilla; torno a Italia;
al mundo, lejos; donde todo sea
liviano, alegre, fútil, a mi modo:
no, como en esta tierra,
cuchillo en el cuchillo, fuego en el fuego,
sangre de corazón, llama de hoguera...
¡A Italia!... En fin: si vuelve, no le digas
nada: que ello aquí queda
en el aire; en este aire donde tantas
palabras misteriosas aletean...
Cállale de mis rumbos; pero dile
con tu zafia expresión y como puedas
que, si desaparezco de Castilla
sin reclamar el pacto, es que la idea
de perder su piedad, aquella lágrima
cayendo, sola, en la tiniebla eterna,
basta para matarme. No te asustes,

(*Maste Blas se queda mirándole como el que no
entendido.*)

Blas, si dando con ella
lespués, se te olvidaran mis palabras,
o me importa; aquí quedan
ivas, de bulto, aladas. Cantan, vibran,
algunas, como ves, relampaguean.
Dicho esto, sacristán... ¿te gusta el vino?

MASTE BLAS

Cato el Yepes, si tengo.

MONSEÑOR ALEPO

A mí me apesta.

MASTE BLAS

Que me maten, si yo no os conocía
ntes de veros hoy! Se me recuerdan,
le uno a uno, los trazos de ese rostro
el modo de mirar que—su Eminencia
ne perdone, si falto—es de los agrios
jue en cara de jifero se atraviesan.
Dónde os he visto yo? ¡Dios me perdone!

(*Otro relámpago, y coincidiendo con él, se santigua apurado, Maste Blas.*)

MONSEÑOR ALEPO

Por quién es la señal?

MASTE BLAS

Por la centella.

MONSEÑOR ALEPO

(*Impaciente.*)
Sacristán: si estuvieras, por tus culpas,
netido en una cárcel y quisieras
alir de ella, una vez, ¿esperarías
jue te abriesen las puertas?

MASTE BLAS

No pudiendo yo abrir, esperaría.

MONSEÑOR ALEPO

Y pudiendo?

MASTE BLAS

También.

MONSEÑOR ALEPO

Por qué?

MASTE BLAS

No hiciera

la mala suerte que, al usar la llave,
no sabiendo muy bien servirme de ella,
cerrara más, al tanto
que iba dando más vueltas.

MONSEÑOR ALEPO

¿Y sabiendo servirte?

(*Vuelve a oirse el clamoreo de las turbas.*)

Esperaría.

MONSEÑOR ALEPO

¿Para qué?

MASTE BLAS

Para que otros me sirvieran;
que, aun dejando la cárcel, gusto el hito
de tener los criados a la puerta.

MONSEÑOR ALEPO

¿No ha venido a las ruinas esta noche
quien por mí preguntara?

MASTE BLAS

Ni alma en pena
preguntando por vos; algunos cientos
con ganas de arrastraros por las peñas.

MONSEÑOR ALEPO

¡Villanos!

MASTE BLAS

Es razón: que siempre ha sido
villa la de Agrellano.

(*Vuelve a oirse el clamoreo de las turbas.*)

MONSEÑOR ALEPO

Vociferan.

MASTE BLAS

Para que bien oigáis.

MONSEÑOR ALEPO

¿Allá va un hombre?

(*Señalando el monte.*)

MASTE BLAS

A quien vos esperáis o él os espera.

MONSEÑOR ALEPO

¡Por fin!

MASTE BLAS

¿Es que habéis dado con la llave,
o es que os abren la puerta?

MONSEÑOR ALEPO

Sacristán: si queriendo estar sin luces,
soplas y queda en fuegos una vela,
¿qué haces, para apagarla, en tu retablo?

MASTE BLAS

Sin vacilar, señor, ¡trompazo en ella!

MONSEÑOR ALEPO

¡Entonces! (*Amenazándole.*)

MASTE BLAS

(*Escapando.*) ¡Pero a mí, como soy hombre,
me basta con prever la consecuencia!

MONSEÑOR ALEPO

Ella me doma, el socarrón me burla,
me da cara el de allá; ¿qué gente es esta?

(*Entra don Félix. Mira a todas partes, no pudiendo ver en primer término a Alepo.*)

No lo dudéis, este es el sitio yerto
de ruinas, y de muros destrozado,
que el cartel cita y donde está, por cierto,
como también pintáis, pintiparado.

DON FÉLIX

Enhorabuena, pues; porque enemigo
yo de perder el tiempo y vos no lego
de lo que en líneas del cartel os digo,
cuando aquí os hallo, es que estaréis conmigo
decidido a reñir a todo juego.

MONSEÑOR ALEPO

¿Por qué no, capitán? Lección de espada
se os antojó tomar de un italiano,
gratis, y sin razón: va descontada;
que honra siempre enseñar al de Agrellano.

DON FÉLIX

¡Paga y rescate, entre los dos, la vida!

MONSEÑOR ALEPO

¡Sentado, capitán!

DON FÉLIX

Sentado queda.

MONSEÑOR ALEPO

Mas no creáis que es brava la partida;
porque es pagar la cuenta sin moneda.

DON FÉLIX

(*Va a empezar el lance; viendo que Alepo no hace la guardia, pregunta:*)

¿Qué esperáis?

MONSEÑOR ALEPO

La razón que vuestra espada
tenga, al buscar, don Félix, con tal ira
mi pecho, en esta lid desatentada.

DON FÉLIX

(*Alzando el hierro.*)

¡Por la verdad y en la verdad templada
acabar quiere, en vos, con la mentira!

MONSEÑOR ALEPO

(*Burlón, sin moverse.*)

¡Brava razón!

DON FÉLIX

Si no es razón al uso,
por Cordalia, señor, en cuya suerte,
por tanto entrásteis; y de cuya muerte,
si muere os pido cuentas y os acuso.

MONSEÑOR ALEPO

(*Con rapidez, tendiendo su espada.*)

¡Vuestro, pues! (*Mientras riñen.*)
¿Falta mucho para el día?

DON FÉLIX

Pienso hacer porque os falte todavía
la eternidad, Alepo.

(*Descansan y se observan sin atacarse.*)

MONSEÑOR ALEPO

Y yo os advierto
señor, que hablásteis casi en profecía;
que si pensáis matarme, pasaría
la eternidad sin que me viérais muerto.

(*Riñen de nuevo y don Félix interrumpe el lance, después de una estocada que cree haber dado a su enemigo.*)

DON FÉLIX

¿Herido estáis?

Que no lo estéis, me asombra;
porque al pecho os tiré y entró el acero.

MONSEÑOR ALEPO

Como es noche y dais pronto, caballero,
tal vez atravesásteis una sombra.

(*Vuelven. Don Félix empieza a combatir impaciente y con ciega furia. Se hiere en una mano con la espada de Alepo. Éste interrumpe el lance y dice:*)

Ahora, sí.

DON FÉLIX

(*Mirando su mano.*)

¡Poca sangre!

MONSEÑOR ALEPO

Dará apenas,
cuando os caséis, como os oí decillo,
para que a vuestra dama en el anillo,
le pongáis un rubí de vuestras venas.

(*Volviendo a reñir.*)

¡Linda mujer os di!

DON FÉLIX

(*Ciego; en un juego desatentado, sin ley, delirante y fuera de sí.*) ¡Por vida mía,
callad!

MONSEÑOR ALEPO

¿Qué furia es esta?

DON FÉLIX

¡Es la agonía
para vos!

MONSEÑOR ALEPO

¡Ya parada!

DON FÉLIX

¿Y ésta?

MONSEÑOR ALEPO

Así.

DON FÉLIX

¿Y ésta?

MONSEÑOR ALEPO

Así.

DON FÉLIX

¿Y ésta?

MONSEÑOR ALEPO

(*Haciendo el juego que dice.*)

¡Mi espada
cubrió la finta y pide todavía!

DON FÉLIX

¡Voy!

MONSEÑOR ALEPO

¡Replico!... ¿qué es esto?

DON FÉLIX

¡Muere! (*Tirándole a fondo.*)

MONSEÑOR ALEPO

(*De una parada violenta, le desarma, diciendo:*)
¡Nada!

DON FÉLIX

(*Da la espada contra el suelo.*)
¡Quedo a vuestra merced!
(*Rompe el alba. Con emoción extraña en él Alepo murmura.*)

MONSEÑOR ALEPO

¡La luz del día!

DON FÉLIX

¿Dónde vais, monseñor?
(*Alepo llega al sitio en que cayó la espada de don Félix pone el pie en ella y ofrece a don Félix su propia espada, de puño de oro, diciendo, sin jactancia ya.*)

MONSEÑOR ALEPO

Tomad la espada.
(*Reanudan el lance. Don Félix pretende herir; pero su espada resbala contra la de su adversario.*)
¿Qué hacéis? ¡Herir!

DON FÉLIX

¡No puedo, pesa tanto
como una eternidad la espada vuestra!

MONSEÑOR ALEPO

(*Dando el pecho.*)
¡Yo ayudo! ¡Heridme aquí, donde se muestra
la mancha de esta gota de mi llanto!

Fué por una mujer que me quería
a quien quise... un instante... ¡Herid!

DON FÉLIX

(*Retirando su espada.*) ¡No quiero!

MONSEÑOR ALEPO

Bien está, yo le ayudo a vuestra espada!
Bella mujer tendréis, mas fué engendrada
ija de mala madre, en un sendero!

DON FÉLIX

Mientes tú!

MONSEÑOR ALEPO

¡Va jurado!

DON FÉLIX

Muere, vil!

MONSEÑOR ALEPO

En el pecho... así... ¡tocado!

(*Vacila Alepo, herido de muerte en el sitio que indicó y a donde se lleva la mano. Don Félix se aparta como supersticiosamente horrorizado. De la lateral vuelven a salir Maste Blas, Mari Sánchez, Quiteria y Centena que acechan el final del lance con interés y con miedo.*)

MASTE BLAS

Quién el herido?

MARI SÁNCHEZ

¿Quién?

CENTENA

¡El itâliano!

(*Aparece descompuesta y rota de la horrible noche Cordalia.*)

DON FÉLIX

(*Queriendo detenerla.*)
Cordalia!...

(*Las tres viejas y el sacristán rodean al italiano que todavía tiene un último aliento para exclamar:*)

MONSEÑOR ALEPO

¿Qué?... ¡Cordalia!

(*Pronuncia el nombre lentamente, dando la vida con él.*)

MARI SÁNCHEZ

¡Muerto!

CORDALIA

(*Que llega junto al grupo.*)

¡Mue

(*A don Félix.*)
¿Vos le heristeis?

DON FÉLIX

Yo mismo.

CORDALIA

Hace un instant
la esquila de la ermita, en que he rezado
toda la noche, tañó sola al viento,
y entendí que el Señor me libertaba.
(*Acaban de dejar tendido al muerto; las muj
le rodean, y ella, mirándole con cierta compa
pregunta a don Félix:*)
¿Sabéis quién era?

DON FÉLIX

Un italiano amigo
de fábulas y mofas: pero ha puesto
villanía en sus últimas acciones
y así murió...

CORDALIA

(*Con voz rara, casi religiosa, los ojos vidriados,
rando al muerto.*)
Yo sé quien es...

DON FÉLIX

Cordalia,
si el que entendéis decir pensáis que ha sido
¡pedidle a Dios que os quite el pensamiento!
(*Cordalia no contesta, casi hierática y fuera
mundo; el griterío de las turbas que se ace
para reclamar su presa, es cada vez más en
decedor; don Félix, vuelto a las viejas conclu*
Pero a fe que hoy por hoy, no hay más justicia
porque sea quien sea, este hombre ha muerto.
(*Disponiéndose a salir.*)
Cuidad de él, Maste Blas; cuidad vosotras,
buenas mujeres;

si vuelven las turbas y con ellas
ienen los jueces
ven un hombre muerto y os preguntan
uién le dió muerte,
espondiendo, decid que le mataron
)ios y don Félix.

(*Al pronunciar don Félix la última palabra, se ha hecho el obscuro absoluto. Entre una vaga claridad sobrenatural se ve el cuerpo de Alepo, tendido como acaba de dejarle la espada de don Félix; pero, a su lado, en alto, reconstruyendo exactamente el grupo del Retablo, resplandece y fulgura, la imagen del Arcángel San Miguel. Todas las otras figuras han desaparecido. Únicamente Cordalia, hierática, vidriados los ojos, como al pronunciar su última afirmación misteriosa, está ahora en pie frente al Retablo, animado milagrosamente. Casi sin otro movimiento que el de sus labios, desde que la aparición cuaja en la sombra, dice el Arcángel:*)

ARCÁNGEL

ľú, que pisas las gradas de lo eterno, responde:
quiénes fueron tus padres?

MONSEÑOR ALEPO

Mi dolor.

CORDALIA

Mi piedad.

ARCÁNGEL

Iechura de tus padres, ¿cuándo naciste y dónde?

MONSEÑOR ALEPO

No he nacido.

ARCÁNGEL

No puedes forzar la eternidad.

MONSEÑOR ALEPO

Hice el bien una vez; un instante fuí justo;
para ella tuve lágrimas.

CORDALIA

Yo recé por los dos.

MONSEÑOR ALEPO

Me he vencido a mí mismo.

ARCÁNGEL

Por ti mismo, a tu gust
te faltó hacerlo, Alepo, por el amor de Dios:
sin voluntad de cobro, sin esperar provecho,
sin promediar tu afán,
como la lluvia sobre los campos en barbecho,
que ella les da sus lágrimas y ellos no rinden pan

MONSEÑOR ALEPO

¡Quemaba tanto el llanto, que concebí esperanza

CORDALIA

¡Perdónale, señor!

ARCÁNGEL

¿No es bastante que espere?

CORDALIA

¿La divina balanza
que desquició un orgullo, no moverá un dolor?

ARCÁNGEL

(*Levantando su espada.*)
Torna al mundo; te ha sido tomada en cuenta, Al
la lágrima vertida; ya no ha de ser el tiempo
de tu mal invariable cancelador perpetuo.
No habitarás tu abismo, que habitarás la tierra;
diluído en las almas de los hombres, espera
la redención, que hoy pides, por el esfuerzo de ell
A la unidad va el mundo, como la savia al grano;
la Humanidad partiendo del mal originario,
es abismo que asciende lentamente a los astros.
Tu alma entrará en los hombres; padecerás en e
ya no el mal, el dolor serás, desde hoy, Alepo;
y de hombre en hombre andando, de siglo en siglo
(e
que te han visto surgir a los futuros tiempos,
tu alma, según se quemen las zarzas del misterio,
transmigrará, en las almas de los hombres, al ciel

MONSEÑOR ALEPO

¡Larga es la ruta!

ARCÁNGEL

¡Para la eternidad, un día!

CORDALIA

Salvarle así yo quise, ¿por qué no lo podía?

ARCÁNGEL

Lo que el corazón puede no lo puede un latido,
Cordalia; y ese es todo tu pecado; has querido
hacer tú sola la obra que hará la Humanidad.
Lo que tú haces proviene de voluntad humana,
y éste, para salvarse necesitaba, hermana,
de la suprema, eterna, divina voluntad.

CORDALIA

Señor, no es disculpa; pero la noche obscura
que le llamé, una hija me podía amparar...

ARCÁNGEL

Para ampararla, ciega, siglos ha que fulgura
la sangre de Dios Hijo sobre aquel mismo altar.
Tu piedad a tu crimen igualó tu deseo;
premio y castigo juntos merecerás por él;
cerca de ti, Cordalia, tal vez muy cerca, veo
tu coágulo de acíbar y tu gota de miel.
Morirás cuando toda tu vida te sonría
como trigo de siembra reciente, en la heredad.

CORDALIA

¡Morir, Señor!... ¡La muerte, para mí es alegría!

ARCÁNGEL

Por eso Dios escoge, para tu muerte, el día
en que al comienzo llegues de tu felicidad.

MONSEÑOR ALEPO

Como pueda a tu lado yo estaré, en tu agonía.

CORDALIA

Si él ha dicho, señor, que ha de ser de alegría,
yo te tendré a mi lado como pueda aquel día,
o no ha dicho verdad.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Al hacerse la luz—una espléndida luz de mañana d septiembre—estamos en el claustro del Retablo qu conocemos desde el Prólogo. Vuelve a ocupar su si tio en él la famosa imagen de Satanás que había si do robada. Hace suponer que es mañana de fiesta e gentío que bulle en el clausttro decidor y alegre Entre el gentío muy numeroso. MARI SÁNCHEZ CRISTOBALONA, QUITERIA, CENTENA, TI MONEDA, CETINA, mujeres, doncellas, cuadrille ros de la Santa, gente del pueblo, soldados, etc Al levantarse el telón, la muchedumbre está en e fondo aguardando que alguien entre por las puerta del claustro y en primer término, ante la misma verj del Retablo, Timoneda y Cetina, departiendo:

CETINA

¿Pero es verdad, Timoneda,
lo que me cuentan del hecho?

TIMONEDA

Verdad es, y echó por tierra
la balumba del proceso.
Prodigio ha sido de Dios,
o prodigio del infierno.
¿Pues no estáis viendo la imagen?

CETINA

¿Y es la misma?

TIMONEDA

Podéis verlo.

CETINA

¿Y cómo?...

TIMONEDA

Aquella mañana
que recordáis del suceso

del desafío, unas viejas
—tal vez por robar el lecho
de Cordalia—penetraron,
eran tres, en su aposento.
Ni se concibe que pueda
guardarse allá tanto tiempo
nada oculto, ni da el antro
para tal empeño, trecho;
pero, en fin, ello es. Alzaron
las tres viejas el deshecho
cortinón, que está en la boca
del zaquizamí desierto...

CETINA

Decid...

TIMONEDA

Si dejáis.

CETINA

Os pido.
¿Y en el cuarto?...

TIMONEDA

Junto al lecho
del humo de tantos cirios
en medio costado negro,
como estuvo en el retablo
tantos años...

TIMONEDA

Hablad: ¿vieron?

TIMONEDA

¿No adivináis?

CETINA

¡Acabad!

TIMONEDA

¡La imagen robada!

CETINA

¡Cielos!

CETINA

Tal por tal. La misma, exacta.
Maste Blas no estaba lejos
y la examinó; la misma,
Cetina, y éste es el hecho.

Se hicieron comprobaciones,
se trajo la imagen, hemos
oído testigos, visto
las tallas, hablado expertos;
y hoy finalmente la prueba
de sitio y lugar dió efecto.
Traída al retablo, dambas
los cantos rotos y uniendo,
junta a junta, astilla a astilla,
raja a raja y hueco a hueco
se unen, se encajan, ajustan
sin dejar aire por medio;
¡no hay duda, es la misma imagen
como esta reja es de hierro.
¿No os extraña?

CETINA

¿Pensáis vos
que no hay diferencia?

TIMONEDA

Creo
que una sola; mas tan nimia,
que nadie paróse en ello.

CETINA

¿Y es? Decid...

TIMONEDA

Hacia esta parte,
mal señalada en el pecho,
tiene ésta una medalla, como
de un golpe que allá le dieron,
o de una astilla saltada
con la punta de un acero;
mil causas, en fin, la pueden
explicar en tanto tiempo.
Forzada al hurto, Cordalia,
debió cumplirlo; mas luego
devota o arrepentida
no pasó a más, guardó el leño;
pecó a medias y en lo leve;
conque pesados los hechos,

los autos dan la inocencia,
los jueces fallaron recto.

CETINA

Comprendo así que los jueces
libertaran de sus hierros
a Cordalia y que don Félix
hoy dé escrúpulos al viento
y tome a Mari Verbena
por esposa.

TIMONEDA

No es misterio
que habiéndola codiciado
con los peores intentos,
vió en ella tanto candor,
que se le trocó su pecho.
Le deberá el de Agrellano
su salud.

CETINA

Andan comentos
por todas estas posadas
que pintan al caballero
si, como novio, rendido,
mal hallado como yerno;
quiere a Verbena y quisiera
olvidar su nacimiento.

TIMONEDA

Pero ello al cabo, es razón;
siendo él tan buen caballero.
Lo contrario fuera caso
para romances y cuentos;
que yerno y suegra, a las paces,
no los verán vuestros tiempos.

(*Creció la turba en el claustro y es tal que estorba la plática de los dos caballeros.*)

CETINA

¡Que gente!

TIMONEDA

Hacéos a un lado;
que está todo el claustro hirviendo.

(*Se pierden los dos entre el gentío; hablan unos y otros; Master Blas abre la verja; y enciende los cirios.*)

CENTENA

¡Fiesta grande!

MARI SÁNCHEZ

¡Vacíase Agrellano!

UN MOZO

¡Dios te oiga, si ha de ser por las bodegas!

QUITERIA

¡Buenos puños de trigo hubo en la plaza!

MARI SÁNCHEZ

¿Pues no llega la novia?

(*Miran todos a la lateral derecha.*)

CENTENA

El novio espera.

CRISTOBALONA

Como es razón; y le dará las arras,
bajo las mismas naves de la Iglesia;
que adentro está.

MARI SÁNCHEZ

¿Salimos por la novia?

UN MOZO

(*Casi todas las mozas salen en busca de la novia por la lateral derecha.*)

¡Salgamos!

CETINA

(*Al verlo, y siguiéndolas.*)

Nubló el sol; ¿dónde van ellas?

(*Las puertas del Retablo están abiertas; Maste Blas, encaramado en el altar, acaba de encender los blandones; apoyado en la verja, Timoneda le dice.*)

TIMONEDA

¡Pintiparada está, si no es la misma!

(*Y viniendo a primer término hacia el grupo que forman algunas viejas, añade.*)

¿Vísteis la imagen en su sitio, vieja?

MARI SÁNCHEZ

Yo sí.

QUITERIA

Yo no la he visto; que la temo.

(*Pero se acerca todas, a ver. Maste Blas acabado su*

trabajo, desciende del altar y se apoya, para hacerlo, en el brazo de la figura.)

MASTE BLAS

(Muy grave.)

Perdonadme Eminencia.

(Sonríe socarrón: iba a salir, pero todavía se vuelve para decir a la imagen.)

Y acá, si os sobran luces, el trompazo
me corresponde a mí; no os valen señas.

(En este punto por la puerta de ingreso al claustro, seguidas de un cortejo de doncellas y pajes, con los colores de Agrellano, entran Mari Verbena y Cordalia. Se hace un silencio de admiración y respeto. Maste Blas dice a Timoneda.)

La paloma allá está... ¿y el del reclamo?

TIMONEDA

(Dirigiéndose al templo.)

¡Voy adentro por él!

MASTE BLAS

Que pronto venga.

(Se hacen grupos, a cierta distancia de Mari Verbena y Cordalia, que llegando a primer término hacen un alto, como para despedirse, antes del gran momento.)

VERBENA

(A su madre, con dulcísima voz.)

Ves cómo todo, al cabo, tiene su fin?

CORDALIA

María:
ue no más de otro modo te llamaré, hija mía;
odo tiene su fin, es cierto, hasta el dolor;
pues me duele que acabe porque aun me queda amor
para hacerte, como antes, en un rincón sin techo,
de juncias y de flores la almohada de tu lecho.
Creo que nada valgo, desde que no hay espinas
que arrancar, en la senda por donde tú espinas.
Una madre, ya ves, una madre es de modo
que en la alegría es mucho; en el dolor lo es todo.

VERBENA

Perdóname; no quiero que entiendas, madre mía,

que en ti no pienso, cuando más pienso en mi alegr
Yo estoy contenta, madre, de darte en mis amores
por cada espina que antes me has evitado, flores;
tú, hasta ayer, en las lágrimas de nuestra vida estrec
me diste la semilla; yo te doy la cosecha.
Y si tú en el pasado cuidaste la heredad,
yo te hago el primer día de tu felicidad.

CORDALIA

(*Con una idea súbita cambiando de tono.*)
De mi felicidad hoy es el primer día,
¡el único! el primero, dices verdad, María...

VERBENA

Pues ya ves que esta mano, perdónale su orgullo,
que, hasta ayer, con tus lágrimas regabas en capul
hoy es la rosa abierta de tu satisfacción.

CORDALIA

(*Siempre con la misma idea, cogiendo entre sus m
nos la de su hija.*)
¡Qué dulce mano, para parar un corazón,
para juntar mis labios, para cerrar mis ojos!...

VERBENA

¿Madre, qué dices?

CORDALIA

Pienso que algún día de hinoj
tú a mi lado, amor mío, yo en mi lecho tendida,
sin remedio, sin tregua, se acabará mi vida...

VERBENA

¡Madre!

CORDALIA

Ya ves... y pienso, cuando ese día llegue,
que sería un dolor, un dolor sobrehumano,
no poder en mis ojos colocar esta mano
para que la Divina Claridad no me ciegue.

VERBENA

¿Quién piensa en ello, madre, si hoy todo es alegrí
¿No eres dichosa, dime?

CORDALIA

Pues por eso, María.

(*Se abrazan. Cordalia besa a su hija con un dolor
una emoción que tienen mucho de presentimien*

Para venir al encuentro de la novia, don Félix y todo su cortejo, por la puerta de la iglesia, salen del claustro. Timoneda, ceremonioso y cortés, se adelanta hacia las dos mujeres; don Félix y su cortejo se hacen a un lado.)

TIMONEDA

(*A Mari Verbena.*)
Quieren don Félix y mi buena estrella
que mi mano os conduzca, en este día:
¡plegue al Cielo, María,
que la felicidad os dé con ella!...

(*Y dándole su mano, la novia y Timoneda, entre un gran silencio penetran en la Iglesia. Don Félix y su cortejo se inclinan, dejando paso. Cordalia va a seguir a su hija. Don Félix le sale al encuentro, diciendo.)*

DON FÉLIX

Verbena fué quien os salvó; yo he dado
cumplimiento, señora, a su mandato;
que como es tal la flor, no tomé en cuenta
que haya en sus hojas, rastros de tormenta.
Pero si yo quiero olvidar ahora
del Verbena el pasado,
vos ayudadme—y perdonad, señora,—
no haciendo ante el altar sombra a su lado.

CORDALIA

(*Con melancolía dulcísima y sincera*).
Perdonad vos, don Félix de Agrellano.
Me aseguráis la flor en vuestra mano;
pues no temáis... Soy sombra, y vendrá el día;
dolor... ¡y pasaré con la alegría!...
Por lo mismo, señor, este momento
que ha de ser para todos de contento,
no lo voy a turbar.—Está dolido
mi corazón; no quiero
que lo parta, en su último latido,
la excesiva alegría, y aquí espero.

(*Desiste Cordalia de entrar en la iglesia. Todo el cortejo, con don Félix al frente, va entrando. Un siniestro Mendigo, que anda entre el gentío, im-*

portuna a unos y otros, hasta que se cierra la puerta de la iglesia.)

CRISTOBALONA

(*Al Mendigo, que no la deja andar, airada.*)
¿Ya olvida que le di?

MENDIGO

¡Sí, que lo olvido;
y cuando pido sé por lo que pido!

MARI SÁNCHEZ

¿Va a disputar con él?

CRISTOBALONA

¡Quita la calma!

MARI SÁNCHEZ

¡Ese tiene los diablos en el alma!

(*Y salieron y quedaron solos en el claustro Cordalia y el Mendigo.*)

CORDALIA

(*Contemplando al Mendigo con una profundidad de toda la vida en su mirada.*)
«Entrarás en el alma de los hombres»...
¿Quién era el que así hablaba?
«Me tendrás a tu lado en tu agonía»...
¿De qué boca recuerdo estas palabras?
¡La visión! ¿Aún es Él?... ¡Perdón, Dios mío!

(*Sin dejar de mirar al viejo. El mendigo va a salir sin verla.*)
Ya no es Él...

(*Como impulsado de una fuerza extraña, el Mendigo se vuelve atrás, va hacia Cordalia, y con una voz dulce que contrasta con la anterior, dice:*)

MENDIGO

¡Dios os dé la paz, Cordalia!

CORDALIA

¿Me recordáis, buen hombre?

MENDIGO

De otros tiempos,
cuando también veníais a estas gradas
a pedir la limosna, hemos partido,

cuando el hambre apretaba,
más de una vez el pan...

CORDALIA

Yo no os recuerdo.

MENDIGO

¿No estorbo?..., agrióme el genio la desgracia,
y a veces soy feroz; dicen que tengo
el diablo en el alma;
es un decir; pero le voy domando...

CORDALIA

Con piedad... con dulzura...

MENDIGO

(*Se queda mirando a Cordalia, y dice con voz de sollozos.*) ¡Sí, Cordalia!,
y a veces, como ahora, sin motivo,
¿veis? me saltan las lágrimas,
¡es para blasfemar!

CORDALIA

¿Calláis, buen hombre?

MENDIGO

¿Qué os decía?... ¿lo veis?... es mi desgracia:
se me van las ideas.

CORDALIA

¿Sufrís mucho?
¿Queréis algo?

MENDIGO

(*La voz de antes.*)
¡De vos no quiero nada!
(*Va a salir; duda otra vez y vuelve.*)
Sí quiero... en el momento en que allá cambien
ante el altar las arras,
cuando echen de las torres
a vuelo las campanas,
como vuestra alegría
será tan grande, y no os cabrá en el alma,
no os olvidéis de mí... ¡por los pedazos
de pan, que hemos partido en estas gradas!

CORDALIA

(*Dándole su mano, que el Mendigo besa codiciosamente.*)
Buen hombre, yo os lo fío.

MENDIGO

¿Sufrís del corazón?, se os ve en la cara.
¡Cuidado en la alegría; que un latido
puede partirlo, si su fuerza es tanta!

CORDALIA

¿Os vais?

MENDIGO

Y de camino... y para tiempo...
¡la desventura es larga!

(*Se va, arrastrando los pies, lentamente. Junto a l puerta, queda oculto tras un pilar acechando lo pasos de Cordalia.*)

CORDALIA

(*Obsérvándole.*)
¿Aun es Él?... ¿ya no es Él?... ¿le habrán servic
de algo mis lágrimas?

CENTENA

(*Abriendo la puerta de la iglesia.*)
¡Dama Cordalia, es el momento! ¡Pronto!

CORDALIA

(*Olvidándolo todo y con un grito, queriendo correr*
¡Voy!

(*Y da un paso y rompen a vuelo todas las campana y llegando a la verja del retablo se apoya en el para decir:*)

¡Dios mío!... ¿qué es esto?... ¿qué me pasa

MENDIGO

(*Furioso; acudiendo a ella y gritando con voz dura.*
¡No, morir, no, Cordalia!, ¡niega, niega
la mano vengativa que te alcanza!

(*Paran las campanas y en el súbito silencio, Corda a quien el Mendigo recoge en sus brazos, vuelto Dios el rostro beatífico, dice con una voz de p raíso:*)

CORDALIA

¡Yo te bendigo, Dios!... En un solo día,
felicidad, castigo, perdón... ¡gracias!
Compadeced al que está en vos, buen hombre.

(*Una pausa; sobreviene el aneurisma; muere; Mendigo, al dejarla tendida sobre las gradas, d ce:*)

MENDIGO

¡Se paró el corazón... y vuela el alma!

(*Y quitándose el sombrero, pero con ira sorda.*)

¡Todo acabóse!... ya no es mía... ¡nunca!

(*Una pausa.*)

¡Tiene cara de santa!

(*Y como nunca estrepitosa suenan todas las campanas de San Miguel de Agrellano.*)

FIN DE «EL RETABLO DE AGRELLANO»

EDICIONES PRÓXIMAS

JOYAS LITERARIAS

EVA, preciosa novela del gran escritor italiano JUAN VERGA.

TEATRO CLÁSICO

LA TOGA ROJA, drama, del eminente autor francés ENRIQUE BRIEUX.

34. La estrella de Sevilla, por *Lope de Vega.*
35. Fausto, por *Cristóbal Marlowe.*
36. Los hijos del Sol, por *Máximo Gorki.*
37. El alcalde de Zalamea, por *Calderón de la Barca.*
38. Otelo, por *William Shakespeare* (agotado)
39. Tierra baja, por *Ángel Guimerá* (agotado).
40. El zapatero y el rey, por *José Zorrilla.*
41. Guillermo Tell, por *Federico Schiller.*
42. La loca de la casa, por *Benito Pérez Galdós.*
43. El cardenal, por *Luis N. Parker.*
44. Casa de muñeca, por *Enrique Ibsen.*
45. Don Álvaro o la fuerza del Sino, por el *Duque d Rivas* (*Angel de Saavedra.*)
46. Romeo y Julieta, por *William Shakespeare.*
47 En el Puño de la Espada, por *José Echegaray.*
48. Seis personajes en busca de autor, por *Luis Piran dello.*
49. El pan ajeno, por *Iván Turgueneff.*
50. Mar sin orillas, de José Echegaray.
51. La vida y la muerte del rey Juan, por *William Shakespeare.*
52. El honor, por *Hermán Sudermann.*
53. Doña Perfecta, por Benito Pérez Galdós.
54. Locura de amor, por *Manuel Tamayo y Baus.*
55. Canción de cuna, por *G. Martínez Sierra.*
56. El rey trovador, por *Eduardo Marquina.*
57. Salomé, por *Oscar Wilde.*
58. María Rosa, por *Ángel Guimerá.*
59. El Alcalde Ronquillo, por *José Zorrilla.*
60. Medida por medida, por *William Shakespeare.*
61. Magda, por *Hermán Sudermann.*
62. La dama del mar, por *Enrique Ibsen.*
63. El rey Galaor, por *Francisco Villaespesa.*
64. El rey sin corona, por *Saint-Georges de Buohélier*
65. La verdad sospechosa, por *Ruiz de Alarcón.*
66. La casa de la Troya, por *Manuel Linares Rivas.*
67. Julio César, por *William Shakespeare.*
68. La bola de nieve, por *Manuel Tamayo y Baus.*
69. Las tenazas, por *Pablo Hervieu.*
70. Los bandidos, por *Federico Ssciller.*
71. Malvaloca, por *S. y J. Álvarez Quintero.*
72. El pavo real, por *Eduardo Marquina.*
73. Amar despué de la muerte, por *Calderón de la Barc*

74. Mancha que limpia, por *José Echegaray.*
75. El poder de las tinieblas, por *Leon Tolsioi.*
76. Amores y amoríos, por *S. y J. Álvarez Quintero.*
77. Leonarda, por *Bjornstjerne Bjornson.*
78. Gocemos, por *Leónidas Andreief.*
79. Casa con dos puertas mala es de guardar, por *Pedro Calderón de la Barca.*
80. El sí de las niñas, por *Leandro F. Moratín.*
81. La mala ley, por *Manuel Linares Rivas.*
82. Divorciémonos, por *Victoriano Sardou.*
83. La cena de las burlas, por *Sem Benelli.*
84. El médico de su honra, por *Pedro Calderón de la Barca.*
85. Meterse a redentor, por *Miguel Echegaray.*
86. El pájaro azul, por *Mauricio Maeterlinck.*
87. Don Juan de España, por *G. Martínez Sierra.*
88. Lo Positivo, por *Manuel Tamayo y Baus.*
89. Indulgencia para todos, por *Manuel Eduardo de Gorostiza.*
90. El albergue nocturno, por *Máximo Gorki.*
91. El mayor monstruo, los celos, por *Calderón de la Barca.*
92. Los caballeros del Azul, por *Galio do Arizonas.*
93. Vidas rectas, por *Marcelino Domingo.*
94. Las flores, por *Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.*
95. Tartufo, por *Moliere*

TEATRO CLASICO

NUESTROS PROPÓSITOS

Esta biblioteca está destinada principalmente a
as personas que aman la buena literatura. No hay,
or lo tanto, en sus editores el menor propósito de
specializarse con determinado género de produc-
iones.

Es nuestra aspiración contribuir a la mayor di-
usión de aquellas grandes obras dramáticas, pro-
lucidas en todos los tiempos y naciones, que han
legado a ser modelos de factura literaria, de gran
ngenio o de admirable versificación; dando cierta
preferencia, que creemos justificada, a la original
le habla castellana, a fin de que su conocimiento
irva para desarrollar el buen gusto literario y a
levolver también su merecida celebridad a muchos
utores famosos, relegados entre nosotros a un in-
nerecido olvido, y que debieran gozar de nuestra
consideración por haber sido, y ser aún hoy mu-
hos de ellos modelos y maestros en el decir y es-
ribir.

A medida que desarrollemos nuestro plan, los lec-
ores de *Teatro Clásico* advertirán la forma en la
ual iremos poniendo en práctica nuestro objetivo
ultural, y esperamos que ellos contribuyan con su
rítica o su consejo a su completa ejecución.

Las ediciones de nuestros volúmenes, de 128 pá-
inas, de muy nutrido texto, representan un esfuer-
o editorial ponderable, y esperamos vernos ayu-
ados en forma práctica por aquellas personas que
uieran ver difundirse en nuestro país el conoci-
niento de las obras dramáticas que en su época
ontribuyeron a formar el espíritu y la educación
e grandes generaciones.